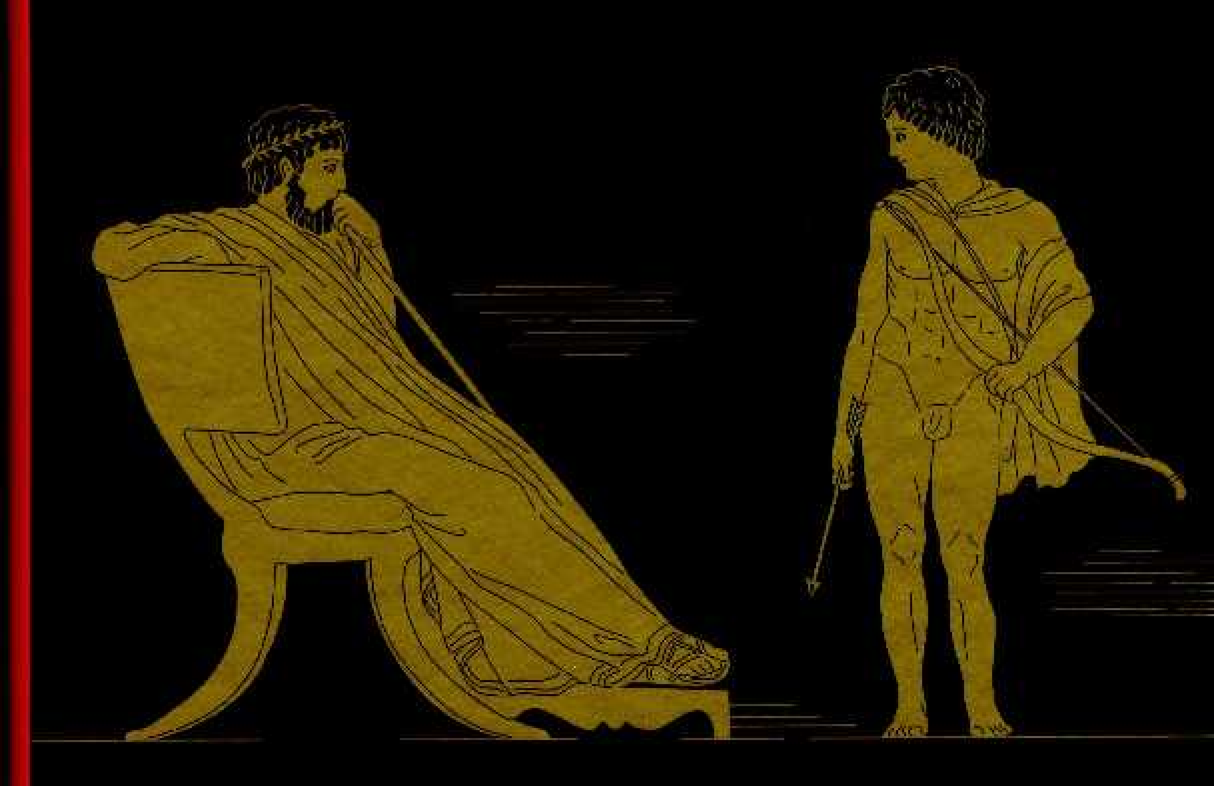
EL JOVEN

HÉRCULES



GREDOS

EL JOVEN
HÉRCULES



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Pilar Mas
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Alba Colomé
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8711-3
Depósito legal: B 7205-2017

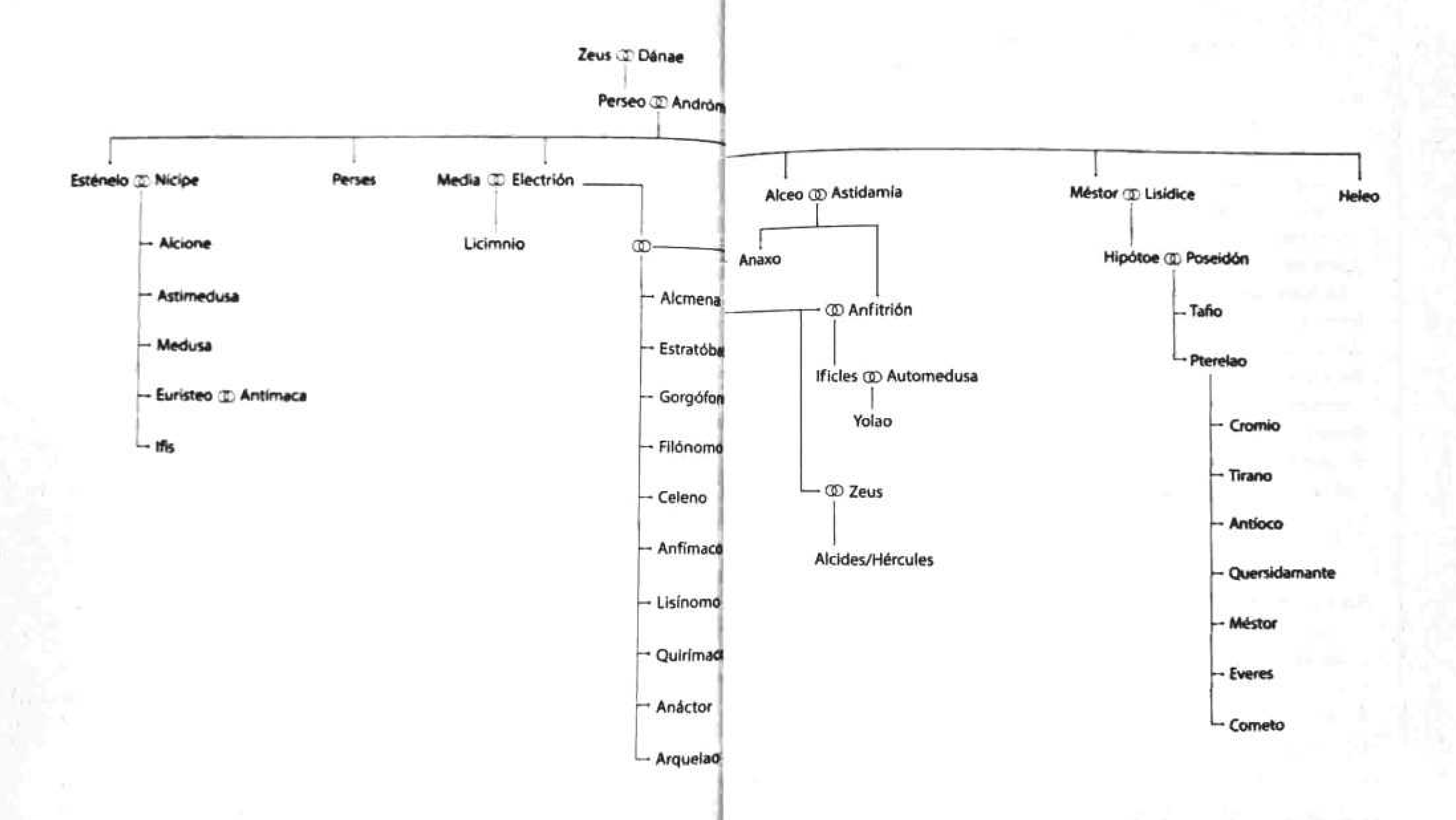
Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Las virtudes que adornan a Hércules se han considerado no solo a partir de sus hazañas, sino que ya antes de su nacimiento le han sido reconocidas. Porque, cuando Zeus se unió a Alcmena, triplicó la duración de la noche y, por la magnitud del tiempo que se empleó en la procreación, presagió la fuerza extraordinaria del que iba a nacer.

Biblioteca histórica, Diodoro Sículo, 4.9.2

Genealogía de los Perseidas



Los Perseidas

ALCIDES/HÉRCULES – héroe hijo de Zeus y de la mortal Alcmena. Alcides es su nombre de nacimiento y Hércules, la forma latinizada de Heracles, el nombre por el que fue conocido tras la maldición de Hera.
ALCEO – hijo de Perseo y abuelo de Hércules, en cuyo recuerdo este recibió el nombre de Alcides.
ANFITRIÓN – esposo de Alcmena y padre de Ificles. Le hace de padre a Alcides durante sus primeros años.
IFICLES – hermano mortal de Hércules.
ALCMENA – esposa de Anfitrión y madre de Hércules.
ESTÉNELO – hermano de Alceo, el abuelo de Hércules, destierra a Anfitrión y Alcmena de su patria, Micenas.
EURISTEO – hijo de Esténelo y Nícipe.
PTERELAO – rey de los telebeos que ansía recuperar el trono de Micenas.

Otros mortales

CREONTE – rey de Tebas, acoge a Anfitrión y Alcmena cuando son expulsados de Micenas.
ERGINO – rey de los minias de Orcómeno.
CLÍMENO – padre de Ergino, rey de Orcómeno.
ÉURITO – rey de Ecalia, uno de los maestros de Alcides.

LINO – maestro de Alcides, músico a quien se atribuía la invención de las leyes fundamentales del ritmo.
TÉUTARO – esclavo de Anfitrión, de origen escita, maestro de Alcides en el manejo del arco.
TESPIO – rey de Tespias, acoge a Alcides durante la cacería del león del Citerón.
TIRESIAS – adivino ciego.

Los eternos

ZEUS – dios supremo del panteón griego y padre de Hércules.
HERA – esposa y hermana de Zeus, persigue a Hércules desde su nacimiento.
ILITÍA – diosa de los alumbramientos, retrasa el parto de Hércules.
ATENEA - diosa hija de Zeus, a cuya petición protege a Heracles de la ira de Hera.

1

Una noche eterna

La colina está bañada por el sol. Desde su puesto de guardia, el vigía contempla los lejanos montes que se esbozan sobre el horizonte como líneas de un dibujo. Los olivos se cimbrean suavemente con la brisa del mar y hacen que el paisaje lata lentamente y parezca moverse al son de una música inaudible. Las horas pasan despacio en aquel puesto de vigilancia sobre los muros de Micenas, y los hombres que son asignados a él distraen el curso de las horas imaginando, sobre el paisaje de la llanura de la Argólida, escenas que nunca suceden.

Las murallas de la ciudad también reflejan el sol. El centinela percibe cómo la luz se difumina a lo lejos, haciendo que la cercana ciudad de Tirinto se columbre en el horizonte. Sabe que allí reina Alceo, el hermano de su rey, hijo del legendario Perseo. Pero su mente no se detiene en recordar al rey de Tirinto, sino que se complace en ver cómo el sol

hace que las líneas de sus murallas y los contornos de sus edificios parezcan mecerse sobre ondas suaves, cual barcos acunados por las olas. No hay nada digno de atención, ningún detalle, nada desacostumbrado, nada que saque al vigía de su ensoñación.

Inclinado suavemente sobre el muro, se siente seguro. Micenas es una ciudad importante. Con sus murallas inexpugnables ha desafiado los ataques de los hombres y los embates de la naturaleza: sus bloques de piedra han detenido el avance de los enemigos y apenas se han movido con la fuerza de los seísmos que Poseidón ha provocado con frecuencia.

El rey de Micenas es Electrión, hermano de Alceo, hijo también de Perseo. Electrión sabe que gobierna una ciudad que proyecta su poder hacia el futuro; se siente dueño de hombres, tierras y ganados, y su casa se asienta con solidez en la tierra, con la misma firmeza que los olivos que pueblan sus dominios. El vigía deja que su imaginación, activa después de tanto tiempo de guardia, vaya filtrando las imágenes en su mente: piensa en el poder del rey, en la belleza de su hija, la inalcanzable Alcmena, destinada a ser la esposa de Anfitrión, el hijo de Alceo.

Mas, de repente, su rostro se contrae en una mueca. Se tensan los músculos de su cuerpo y sus sienes parecen latir más fuerte bajo el yelmo de bronce. Su instinto de soldado ha detectado algo. No sabe lo que es, pero un puño invisible está golpeando la puerta de su consciencia. Entonces, de pronto, un movimiento extraño capta su atención. Hay polvo en el camino. Hay hombres que se desplazan. Están demasiado lejos, pero sabe que la aparente tranquilidad de

aquella escena contiene alguna suerte de presagio, de mal augurio. Instintivamente dirige sus ojos hacia los puestos de vigilancia que custodian los caminos y, muy pronto, ve que la antorcha preparada para lanzar señales a Micenas desde el camino de Corinto se enciende. Alerta. La antorcha encendida es un aviso a los guardias de la ciudad.

Enciende él también la suya, y en el interior de la ciudadela todo se pone en movimiento. No hay ninguna visita oficial prevista; ningún otro rey aqueo ha anunciado su presencia en estos días. Quienesquiera que sean los hombres que se acercan, no han querido que su presencia fuera esperada.

Poco a poco la nube de polvo se va haciendo más visible. Dentro de los muros la noticia se ha esparcido por las estrechas callejas. Muchos han visto ya las señales de fuego por todo el camino de Corinto y han salido de sus casas para asomarse por encima de las murallas mientras los soldados cierran las puertas de bronce de la ciudad. Los arqueros ocupan sus posiciones.

Desde su puesto, el vigía ve cómo la confusa nube de polvo toma forma a la vez que el sol declina en el horizonte. Las cumbres de los montes empiezan a perder la luminosidad del día y los árboles, que inundan el paisaje, se van transformando poco a poco en objetos inertes, sin vida. Antes de que se deslicen las primeras sombras del ocaso, el grupo de hombres llega ante las puertas de Micenas.

En el interior la calma vuelve. El número de jinetes que se halla frente a la gran puerta de la ciudad no justifica medidas de seguridad extremas, pero una cierta inquietud recorre el recinto de la muralla. Por fin, los hombres se plantan delante de las puertas. No son más de treinta, de los que

seis parecen sobresalir por sus armas y por la disposición noble de su porte. Uno de ellos se acerca. No mira atrás. Solo grita al guardia que lo escucha:

—Abrid la puerta, guardias. ¡Soy Cromio, hijo de Pterelao, rey de los telebeos! Mis hermanos y yo hemos hecho un largo viaje para ver a vuestro rey.

∞

Los hijos de Pterelao fueron conducidos a la sala del trono del palacio de Micenas. Allí esperaron pacientemente a que el rey Electrión entrara y tomara asiento sobre su modesto sitial de piedra.

—¿A qué habéis venido? —dijo sin rodeos el monarca, aunque su ánimo intuía, desde mucho tiempo atrás, la razón de aquella visita repentina e imprevista.

Cromio, el primogénito, contestó también secamente:

—Tenemos una reclamación que hacerte, rey de Micenas, en nombre de nuestro padre.

—¿Y cuál es esa reclamación? —preguntó Electrión.

—Tu reino. —La voz de Cromio resonó como el golpe de una espada en un escudo.

Todos los rostros se volvieron hacia Electrión, que parecía tranquilo. El rey bajó un momento la cabeza, intentado meditar bien la respuesta. Cuando sus ojos se levantaron de nuevo empezó a caminar delante de los hijos de Pterelao, como si quisiera que sus palabras fueran bien entendidas por cada uno de ellos.

—Sabía que tarde o temprano habría de ocurrir esto. Vuestro padre tiene una ambición sin límites, y veo que sus ojos necesitan mirar más allá de Tafos, vuestro pequeño reino.

Guardó silencio durante unos instantes. Pareció evocar otro tiempo, y un gesto de cansancio se perfiló en sus ojos. Finalmente, volvió a mirar a Cromio; apretó las mandíbulas, entornó los ojos, como si la luz los hiriera, y su rostro se endureció.

—Me temo que vuestro viaje ha sido en vano —dijo—. La reclamación de vuestro padre se basa en una historia que ya nadie recuerda y, en el fondo, no es más que la máscara con la que pretende ocultar el rostro de su ambición.

Cromio sostuvo la mirada del rey, pero no habló. Parecía estar meditando una respuesta cuando Tirano, uno de sus hermanos, tomó la palabra.

—No pretendas, Electrión, desviarnos de nuestro objetivo. Los motivos de mi padre no nos incumben, solo sus órdenes.

El monarca de Micenas siguió mirando a Cromio como si no hubiera escuchado las palabras de Tirano. Se acercó un poco más al muchacho y añadió:

—Hace tiempo reinó en Micenas Méstor, mi hermano, antepasado de tu padre. Fue un buen rey, pero abandonó estas tierras para unirse en matrimonio con una mujer extranjera. Vuestro padre, forzando la costumbre, reclama ahora mi trono con el argumento de que Méstor, su bisabuelo, fue rey de Micenas antes que yo mismo.

Calló de nuevo, pero antes de darles la espalda, miró en silencio a cada uno de los hijos de Pterelao. Después, sus ojos se volvieron fríos, duros, ásperos; el rey sabía que las palabras que iba a pronunciar serían el preludio de un tiempo de desdichas.

—Decidle a vuestro padre que sus palabras son viento, humo. Decidle que permanezca en Tafos y olvide para siempre el reino de Micenas.

Cuando los hijos de Pterelao salieron de la ciudad, la noche se había apoderado del cielo. Una hermosa luna llena alumbraba los caminos como una antorcha lejana sostenida por los hilos de luz de las estrellas. Cromio y Tirano abrían la marcha, seguidos por sus otros tres hermanos, Antíoco, Quersidamante y Méstor. En sus rostros había frustración, pero también una mueca de satisfacción, pues, en realidad, la negativa de Electrión era el pretexto que su padre necesitaba para declarar una guerra que deseaba desde hacía tiempo. Marchaban con decisión hacia el norte, siguiendo las indicaciones del guía que habían contratado en Corinto.

De repente, un mugido cercano llamó la atención de los caminantes y, en un instante, la brisa les trajo el olor dulzón del ganado. Cromio se detuvo y miró con ansiedad a sus hermanos.

—Tenemos la oportunidad de hacer que la guerra sea inevitable —dijo excitado—. El viento nos trae el olor del ganado real y, si actuamos con rapidez, la sorpresa nos dará ventaja, pues Electrión no espera que nadie robe sus vacas. Esta noche Micenas declarará la guerra a nuestro padre.

∞

Alceo estaba sentado en el mégaron todavía, escuchando a un viejo aedo cantar las hazañas de su padre, el legendario Perseo, en cuyo honor los poetas de toda Grecia habían compuesto ya cientos de versos. Un guardia interrumpió el canto del anciano y se dirigió con gesto serio al rey.

En una de las habitaciones contiguas, un mensajero de Electrión entregó una nota al escriba del rey, que la leyó despacio, delante del monarca. Era una tablilla de barro surcada por signos incomprensibles para la mayoría de los hombres.

Cuando el escriba real terminó de leer, Anfitrión se dirigió, nervioso y preocupado, a su padre. Hacía tiempo que ambos reinos estaban unidos por sólidos lazos de amistad, y las noticias que llegaban de Micenas podían comprometer el futuro de Tirinto.

—Déjame partir inmediatamente, padre. Los hijos de Pterelao son muy capaces de provocar una guerra.

Alceo asintió con tristeza. Sabía que su hijo tenía razón y que cualquier agresión contra Micenas también comprometía a su reino. Puso las manos sobre los hombros de su vástago y, con vehemencia, le dijo:

—Parte inmediatamente. Actúa con energía, pero con prudencia.

Al llegar a la cercana Micenas, Anfitrión vio a soldados, funcionarios, toda clase de sirvientes moviéndose con nerviosismo. El propio rey había perdido algo de su aplomo cuando intentó explicarle, en pocas palabras, lo que estaba sucediendo:

—La guerra contra Pterelao parece inevitable, hijo. —Hacía tiempo que se dirigía de este modo al que consideraba ya parte de su familia—. Sus hijos me han pedido que renuncie a mi reino argumentando que una vez perteneció a mi hermano Méstor, bisabuelo de su padre.

—Hace mucho tiempo de eso —intervino Anfitrión—. No es más que un pretexto. Realmente, debes prepararte para la guerra.

Mientras hablaban, un tumulto llegó desde el exterior; un estruendo de pasos precipitados. El rey se dirigió preocupado hacia la puerta principal en el momento en que llegaba uno de sus hijos acompañando a un boyero. Por su aspecto, el sirviente parecía surgido del Hades.

Tras beber un poco de agua, el esclavo fue recuperando poco a poco el resuello. Entonces contó que, en medio de la noche, un grupo de hombres armados había atacado el pequeño campamento en el que descansaban después de su jornada de trabajo. Sus compañeros habían perecido, parte del ganado real yacía en la llanura, herido o muerto. Mientras algunos de los bandidos los habían atacado traicioneramente, el resto trató de reunir el mayor número posible de vacas para poder robarlas y llevárselas. No supo decir quiénes habían sido —repetía asustado—, pues había caído herido e inconsciente tras recibir un golpe de maza en la cabeza.

Electrión escuchaba atónito aquel insólito relato. Poco a poco, mientras el boyero desgranaba los detalles de aquella agresión propia de cuatreros, la indignación fue haciendo presa en su ánimo.

—¡Partid tras ellos! —ordenó Electrión a sus hijos—. Impedid que embarquen con mi ganado y traedlos ante mí. Quizá si su padre tiene que pagar un rescate, se olvide de la guerra.

Diez jinetes salieron a galope: eran nueve de los hijos varones de Electrión, acompañados por Anfitrión, su sobrino, el prometido de su única hija. En el palacio solo quedó Licimnio, demasiado joven todavía, nacido de Media, la segunda esposa del rey.

Mientras los jinetes se alejaban, el silencio se adueñó de nuevo del recinto amurallado de Micenas. Todo el mundo intentó descansar mientras la noche avanzaba y el destino del reino se ponía en mano de los hados. Entonces la alta luna descubrió una silueta sobre las solitarias almenas de la ciudadela. El hermoso rostro de Alcmena, sus mejillas humedecidas por algunas lágrimas furtivas, su cabello rubio

mecido por la brisa, componían un cuadro atemporal, como si el eco de un presagio ambiguo sobrevolara el abrupto paisaje de la Argólida.

Los jinetes alcanzaron a los ladrones ya en la playa. Muchos de los hombres estaban ya en el agua; las popas de algunas de las naves se movían; las proas, libres, intentaban encontrar el viento y enfilar el mar abierto.

El olor dulzón del sudor de los caballos se mezcló con el del mar y las voces se entrecruzaron. Unos intentaban ganar las naves; otros impedírselo. Entonces, Gorgófono se hizo oír sobre el informe griterío, vociferando, aullando con estrépito:

—¿Dónde están los hijos de Pterelao? —gritó con los músculos de su rostro contraídos—. ¿Dónde están los cobardes ladrones de ganado?

Tirano y Cromio se miraron entonces, se dieron la vuelta y se encaminaron hacia la playa seguidos de sus hermanos. Sus ojos brillaban, sus pétreos rostros parecían despedir un calor extraño, y la noche se llenó de destellos. En la playa el ruido del bronce entrechocando lo inundó todo, pues un silencio extraño había caído sobre la costa, como si la oscuridad y la intensidad del odio acumulado hubieran acallado los sonidos de la noche.

Las voces se apagaron y los gritos de guerra y de dolor se diluyeron, tragados por el estruendo del bronce. Miembros desgarrados, heridas abiertas, tajos despiadados nacidos de un odio cuyo origen no importaba. Uno a uno, poco a poco, los cuerpos de los jóvenes se fueron desplomando sobre la tierra, como si los dioses estuvieran cargando sobre ellos las culpas de sus padres.

Solo Anfitrión consiguió sobrevivir. Mientras permanecía de rodillas ante los cuerpos de sus primos, los soldados que habían salido tras ellos del palacio comenzaron a llegar, haciendo que los hombres de Pterelao se retiraran definitivamente a sus naves. Sobre la arena ensangrentada yacían los cadáveres de los hijos de Electrión y Pterelao, y, desde la popa de una de las naves, Everes, que había contemplado impotente la batalla, lloraba amargamente; sabía muy bien que habría de ser portador de malas noticias, y que su padre enloquecería de dolor.

Anfitrión envió un mensajero para que comunicara al rey de Micenas una noticia que, en poco tiempo, se extendió a través de las calles y, en un instante, un ronco y sordo lamento recorrió los muros; los llantos de las mujeres se mezclaron con la inquietud de los hombres; toda la ciudad parecía poseída por una oscuridad extraña, plomiza, más densa que la niebla. Un sudario húmedo y blanco envolvía a Micenas.

Había amanecido cuando llegó Anfitrión. Un leve rumor hizo levantar la cabeza al rey, que, con los ojos inundados de lágrimas, vio a su sobrino entrar en la sala con las ropas manchadas de sangre.

—He decidido marchar hacia el norte en cuanto las honras fúnebres de mis hijos se hayan celebrado —dijo el monarca—. No descansaré hasta vengar su muerte.

Hizo una pausa y, con un gesto de la mano, pidió a su sobrino que se acercara. Cuando estuvo a su lado, decidió hacer oficial lo que, desde hacía tiempo, era el deseo de su corazón. La vida lo ponía en una encrucijada y lo empujaba hacia un lugar del que, quizá, no habría de regresar ya. En el fondo de su alma, el rey sabía que había llegado la hora de hacer pública una decisión que había tomado hacía mucho tiempo.

—Te entrego mi reino, Anfitrión. No sé si regresaré vivo o si moriré lejos de Micenas; solo los dioses conocen tales cosas. Pero, con mi reino, te entrego también la mano de mi hija, Alcmena. Vuestra unión sellará para siempre la alianza entre nuestros dos reinos y será la garantía de un período de paz y prosperidad para esta tierra.

Algunos de los presentes agitaron brevemente los hombros, intentando encajar la noticia. Esténelo, el hermano del rey, permanentemente en la sombra, vio que con las palabras del rey Electrión se esfumaba para siempre su esperanza de heredar algún día el reino de Micenas. Cansado de vivir a la sombra de sus hermanos, una mancha de reserva nubló sus ojos.

Entonces, rompiendo con sus palabras el ensimismamiento de Esténelo, el monarca se dirigió de nuevo a su sobrino:

—Quiero que prometas una cosa, Anfitrión: cuidarás de mi hija, la protegerás con tu vida si hiciera falta, pero la respetarás. No te casarás con ella hasta mi regreso.

Lejos de allí, mirando los haces de luz de la luna sobre el mar, Pterelao esperaba noticias de sus hijos. Cuando regresó al interior de su casa, un hilo de la luz de la luna rozó su cabeza y uno de sus cabellos lanzó un destello; un fleco de oro en medio de la noche.

∞

Alcmena estaba sobre los muros de Tebas. Paseaba al atardecer, recordando con nostalgia los días en que, siendo apenas una niña, subía a las imponentes murallas de Micenas. Aquella época había quedado atrás para siempre, aunque sus imágenes asaltaban sus recuerdos casi a diario, especialmente

en las tardes de primavera, cuando el viento acariciaba su rostro con dedos tibios, precursores del verano.

Había acudido a la parte más alta de la muralla de Tebas, la ciudad que la había acogido como a una hija. Oteaba el horizonte, barruntaba cualquier movimiento, cualquier indicio que le hiciera intuir siquiera el regreso de Anfitrión. Mientras sus ojos recorrían la llanura, los ecos del pasado poblaban su mente y el rostro de su padre emergía de la bruma del tiempo, llenando sus ojos de lágrimas.

Había llorado mucho. Había maldecido a los dioses y a los hombres desde el día aciago en que su padre había perecido a manos de Anfitrión. Ocurrió en los momentos que siguieron a la muerte de sus hermanos, caídos todos en combate contra los hijos del maldito Pterelao, contra quien su esposo estaba combatiendo en ese momento. Ahora, cuando el tiempo había pasado y nuevas esperanzas llenaban su espíritu, era capaz de recordar con calma, incluso con piedad, lo sucedido entonces.

Fue la misma tarde en que Electrión anunció su intención de partir contra Pterelao y de confiar su reino, y a ella misma, a su sobrino Anfitrión. Los dos hombres salieron del salón del trono y se dirigieron fuera de la muralla, al lugar en que habían sido reunidos los restos del ganado robado por los hijos de Pterelao. Repentinamente, un mugido los sobresaltó. Anfitrión caminaba cabizbajo, algo agobiado por la responsabilidad que afrontaba, y cuando levantó su mirada ya era tarde. Una vaca recién parida se había arrancado con furia y estaba embistiendo al desprevenido rey; fue solo un instante, pero el cuerpo del monarca se elevó por los aires antes de caer, desmadejado, sobre el suelo. Pugnaba por levantarse cuando el



La unión entre Anfitrión y Alcmena selló la alianza entre los dos reinos.

animal cargó de nuevo contra él. Entonces Anfitrión sacó su maza y la arrojó con toda su fuerza contra la vaca.

No erró el golpe, mas un dios quiso que ocurriera la desgracia. La maza golpeó de lleno en la testuz del animal, pero resbaló sobre ella como impelida por un resorte, saliendo rebotada con fuerza extraordinaria y dando de lleno en la sien del aturdido Electrión, que se desplomó muerto en el suelo antes de haber podido incorporarse por completo. La vida abandonó el cuerpo del monarca; sus miembros se desplegaron en un escorzo grotesco y Anfitrión comprendió que acababa de matar al rey de Micenas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Alcmena al recordar tales sucesos. Alzó sus ojos sobre el cielo, que se había cubierto ya con el oscuro manto de la noche, y vio que algunas estrellas brillaban ya sobre la llanura tebana. Cruzando los brazos por delante del pecho, se abrazó los hombros con sus propias manos, intentando darse algo de calor, y avanzó hacia el interior del palacio, buscando con la mirada a sus sirvientas.

Cuando entró en su habitación, dos esclavas la estaban esperando. Mientras una la desnudaba despacio, otra deslizaba un peine de hueso sobre sus largos cabellos. Sintió sobre su cuerpo el cálido tacto de los aceites y dejó que su imaginación vagara de nuevo.

¡Cómo deseaba el regreso de su esposo! ¡Cómo deseaba sentir de nuevo su abrazo, la cálida sensación de sentirse protegida! Mas, en esos momentos, Anfitrión estaba luchando contra Pterelao y los telebeos.

Sintió un repentino y fogoso deseo por él, y respiró hondo, tratando de que su turbación no fuera percibida por las sirvientas. Recordó el día de su boda, después de que Creonte,

el rey de Tebas, hubiera purificado a Anfitrión de su involuntario crimen. Experimentó de nuevo el afectuoso cariño con que ambos habían sido acogidos en aquella ciudad, después de haber sido desterrados de Micenas por Esténelo, su celoso tío, que aprovechó la infortunada muerte del rey para hacerse con el reino prometido a Anfitrión.

Con los ecos del pasado golpeando como un ariete el muro de sus recuerdos, Alcmena pidió a sus sirvientas que se retiraran. Permaneció un momento quieta, sentada sobre una silla de madera, pensando en el regreso de su esposo. Lo imaginaba combatiendo sin cesar contra los hombres de Pterelao y pedía a los dioses que cuidaran de él, que no volvieran a castigarla con el peso de una nueva desgracia.

Se recostó despacio sobre el lecho, desnuda, dejando que el calor del fuego acariciase su cuerpo. Sintió un hondo placer, una calma tan intensa que, por un momento, creyó que la sombra de su marido se deslizaba temblorosa a través de las paredes de la estancia. Fijó su atención en las pinturas que decoraban los muros, figuras que parecían moverse despacio, caprichosamente, estremeciéndose con la cadencia de la trémula luz del fuego. Entonces concentró su atención en el imponente rostro de Zeus, dibujado sobre una de las paredes. Parecía emerger de las profundidades del cielo observándolo todo, escudriñando cada rincón de la tierra.

Un repentino calor inundó todo su cuerpo. Instintivamente, cerró los ojos y extendió los brazos, imaginando abrazar el cuerpo de su esposo; giró sobre sí misma y se deslizó entre las sábanas, poseída por un repentino deseo. Apretó los muslos, entornó los labios y, con un quejido ronco y profundo, dijo:

—¡Anfitrión!

Apenas había tenido tiempo de disfrutar de su marido. Permanentemente perseguida por la sombra de Pterelao, Alcmena añoraba una vida tranquila, un lecho caliente y la esperanza de tener hijos que perpetuaran el linaje de su padre. Deseaba ardientemente dar a su esposo descendencia y, con frecuencia, imaginaba una vida llena solo de las preocupaciones propias de las madres, pero había tomado la decisión, invocando el recuerdo de su padre, de no consumar su matrimonio hasta ver vengada la muerte de sus hermanos.

—¿Dónde estás, Anfitrión? —musitó despacio, como si sus palabras pudieran conjurar la tristeza de su ausencia.

Se abrazó con fuerza a la almohada, sintiendo clavada en su alma la afilada espina de la soledad. Pero su cuerpo seguía bullendo, envuelto por un calor intenso nacido del interior de su vientre. Dejó a un lado sus tristes pensamientos y se entregó por completo a aquella sensación cálida y agradable. Sentía a su alrededor una melodiosa armonía, una deliciosa sensación de bienestar. Cerró los ojos y vio de nuevo la imagen de Zeus.

La figura del dios parecía emerger de la pintura de la pared, liberándose de su estática presencia. Sintió los pasos, oyó la respiración del dios, creyó notar el calor de sus dedos deslizándose sobre su cuerpo; por un momento se dejó vencer por aquel sueño vívido que parecía cada vez más intenso, más real.

Abrió los ojos algo asustada, con el ánimo perturbado por las sensaciones que invadían su cuerpo. Entonces divisó el contorno de una silueta deslizándose ante ella, a los pies de su lecho. Un fleco de cálida luz rozó el rostro de la sombra, revelando su perfil por un instante.

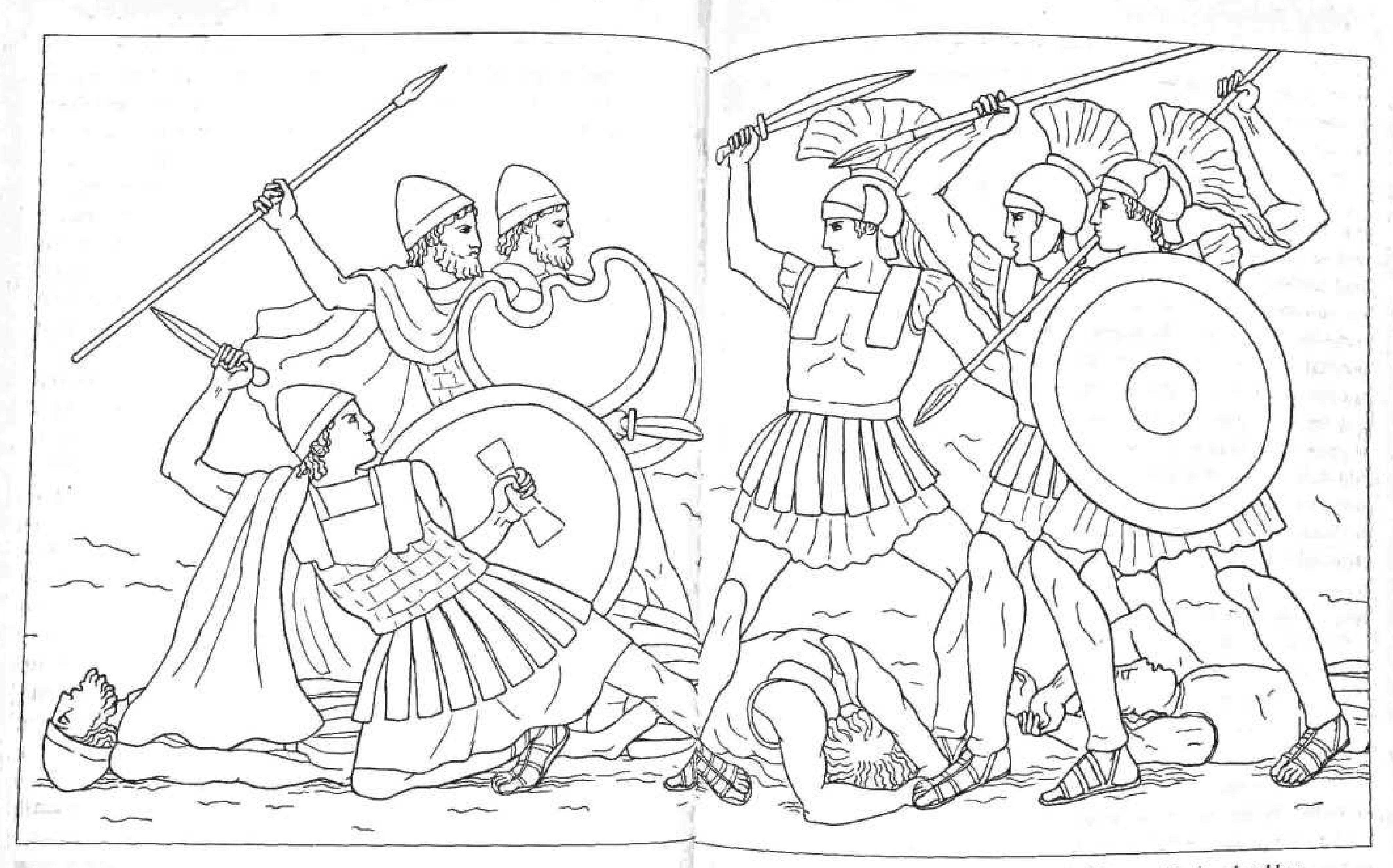
—¡Anfitrión! —gritó sobresaltada Alcmena, mientras se incorporaba sobre su lecho. La vacilante luz de uno de los

candiles iluminó a la vez los desnudos pechos de la mujer y el rostro anhelante del hombre, detenido a los pies de la cama. Durante unos instantes la respiración de ambos se adueñó de la habitación, repitiendo su acompasado eco sobre el silencio de la noche y, en ese momento, la voz de Anfitrión sonó como un susurro, como la brisa cálida y suave de una noche de primavera:

—Te he echado de menos, esposa. Antes de anunciar mi llegada y de proclamar mi victoria sobre Pterelao, he querido disfrutar de una noche contigo, sin fastos, sin ceremonias de bienvenida ni canciones de victoria. Tus hermanos están vengados.

Alcmena escuchaba la voz de su marido con las lágrimas agolpándose en el interior de las cuencas de sus ojos, sintiendo que la sensación de calor que había experimentado momentos antes se transformaba en un torbellino de fuego, de irreprimible deseo. Mas algo en el tono de la voz, un sutil e inapreciable matiz, la desconcertó. No pudo identificar la causa que, repentinamente, estaba filtrando un hilo de inquietud dentro de la intensa felicidad que la poseía, pues las manos de Anfitrión aferraron su cintura y su boca se abrió sobre la suya, abarcándola.

Alcmena se entregó por completo al placer y dejó que su cuerpo respondiera a las caricias de su esposo hasta que sintió saciada el ansia irreprimible de su deseo. Mas Anfitrión parecía poseído por una urgencia insaciable y nada parecía ser capaz de complacerlo por completo; toda su alma, todo su cuerpo, parecían entregados a una pelea contra sí mismo. Alcmena cerró los ojos y, poco a poco, sintió, confusa y ofuscada, cómo la cálida, profunda y estimulante sensación que



Lejos de Tebas, Anfitrión luchaba contra Pterelao y los telebeos.

había experimentado al sentirse, por fin, fundida con su esposo, se iba diluyendo al ritmo de sus desesperadas embestidas.

Una y otra vez Alcmena sintió en el interior de su cuerpo el miembro de Anfitrión, entregado a un acto que parecía prolongarse eternamente, sin descanso. Con frecuencia buscaba con angustia el rastro de algún rayo de luz que anunciara la llegada de la madrugada, pero tenía la sensación de que aquella era una noche interminable, eterna, durante la cual Anfitrión intentaba dejar atrás los fantasmas de todas sus pesadillas.

Agotada, creyó que su esposo había dejado parte de su personalidad en Tafos. No era capaz de sentir su ternura, la delicadeza y el respeto con que la había tratado desde los días que siguieron a la muerte de su padre y, por un momento, se preguntó si la guerra contra los telebeos había terminado con el Anfitrión amable y comprensivo del que ella se había enamorado perdidamente. Intentó hablar, intentó contener la violencia con que él satisfacía su deseo, quiso convencerlo con caricias, incluso con lágrimas, pero todo fue inútil. Como si un extraño frenesí lo hubiera poseído por completo, su esposo prolongó su afán durante aquella noche interminable.

Cuando, por fin, la luz del alba empezó a difuminar las sombras de la noche, Anfitrión se levantó del lecho sin decir una sola palabra. Al ver su rostro, Alcmena comprendió que la leve inquietud que había sentido la noche anterior se clavaba hondamente en su ánimo. Cerró un instante los ojos, intentando comprender, y creyó divisar un águila volando hacia el cielo. Sus alas batían con fuerza, sus ojos lo escudriñaban todo. Intentó decir algo, compartir con su esposo el desasosiego que la embargaba, pero estaba sola.

Instintivamente, se llevó la mano a la base de su cuello, para acariciar la pequeña gema que siempre llevaba colgada, regalo de su padre. Tocar aquella hermosa piedra le producía una sensación de tranquilidad y su tacto la transportaba a los lejanos y felices días de su infancia. Mas solo sintió su piel, todavía sudorosa.

Miró a su alrededor, palpó a ciegas sobre las sábanas, buscó por el suelo, pero no fue capaz de encontrarla.

Agotada, con la sensación de que había vivido una noche eterna, notó que un frío húmedo y helado abrazaba sus miembros. Cerró los ojos, tratando de que el sueño la liberara de sus malos presentimientos; se estiró y notó que, en su vientre, algo ajeno a ella, algo que no formaba parte de su cuerpo, comenzaba a bullir con fuerza.

2

El último hijo de Zeus

Sobre la ladera del Olimpo un águila majestuosa vuela, dibujando su silueta sobre las grises rocas de la cima. Encoge sus alas y gana velocidad, deslizándose como una estrella fugaz en el oscuro cielo de la noche. El vuelo parece complacerla, pues va y viene, remonta y cae, jugando en el aire, sintiendo el beso del viento fluyendo entre sus plumas, suaves como una caricia. Su cabeza gira en todas direcciones y sus enormes ojos exploran, sondean, ahondan. Reconoce cada rincón de los valles, cada cresta de las montañas, y otea desde el cielo los movimientos de los hombres.

Desde la tierra se oyen sus agudos graznidos, que las paredes rocosas repiten sin descanso, y todos los animales se detienen, permanecen petrificados, sin que el más leve movimiento pueda delatarlos. El águila se posa en uno de los riscos, inclina la cabeza, la mueve despacio a un lado y a otro, como intentando cerciorarse de que nadie la observa. Es un lugar

apartado y solitario, cuajado de enormes olivos; la luz del sol derrama sobre el paisaje las retorcidas siluetas de sus troncos.

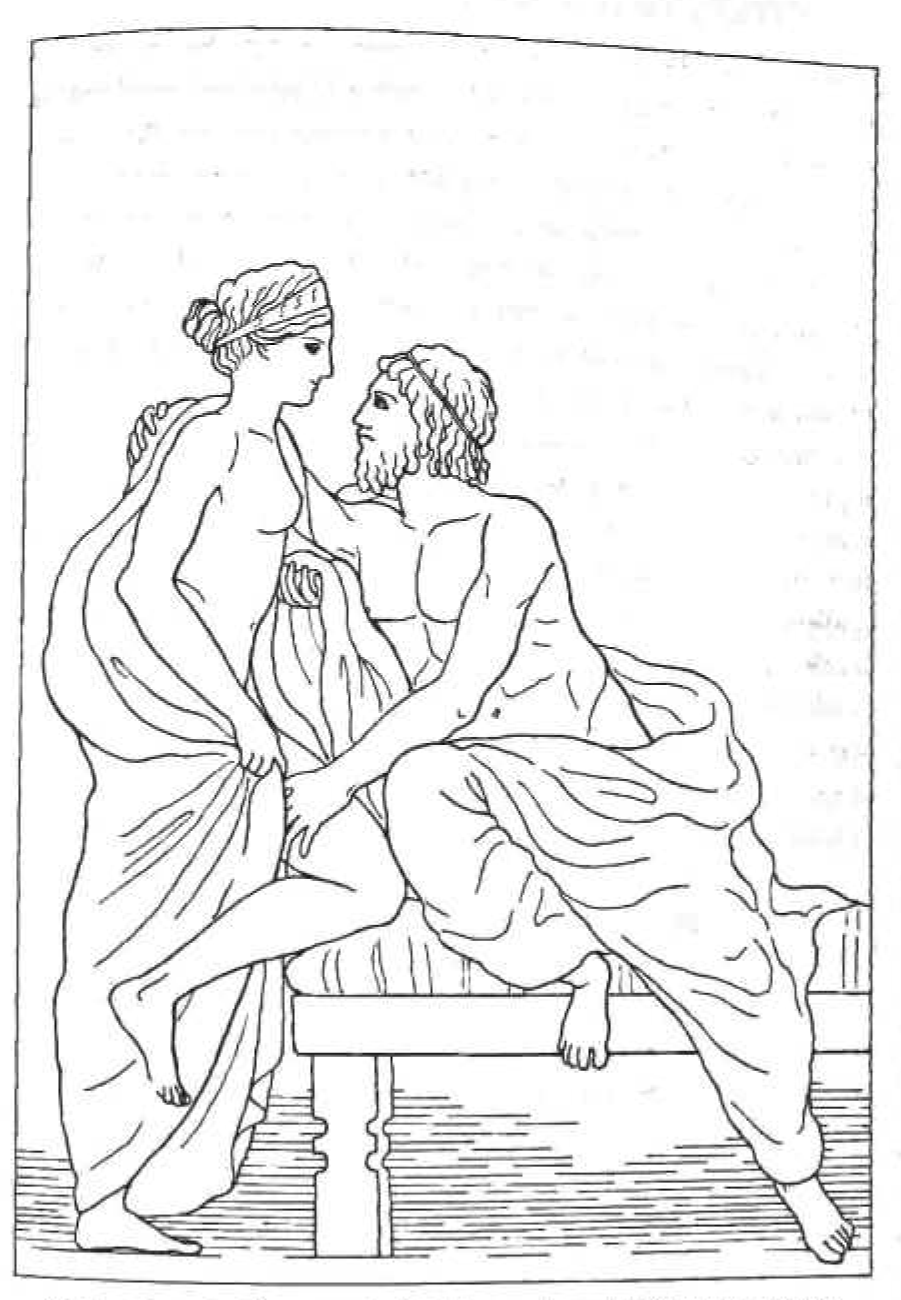
Entonces el animal parece desvanecerse, se diluye entre los contornos del paisaje, convirtiéndose en parte de los árboles, de la hierba, de la tierra y del cielo. Una luz, primero intensa, luego suave y cálida, como el paisaje, se vierte sobre aquel territorio virgen, desconocido de hombres y dioses, y, a medida que la figura del águila desaparece, emerge la figura del dios: los ojos profundos, el rostro cargado de serenidad. Todo en él sugiere satisfacción, como si hubiera llevado a cabo con éxito un plan largamente meditado.

En sus manos sostiene un colgante modesto, una piedra pulida. La observa igual que el vencedor de un combate admira su trofeo. En aquel lugar apartado, lejos de la mirada de su esposa, la diosa Hera, el gran Zeus se siente victorioso, complacido. Un hijo suyo nacerá de Alcmena, un hijo cuyo nombre recordarán innumerables generaciones de mortales.

En su rostro se esboza una ancha sonrisa mientras acaricia con suavidad el colgante robado y, con un gesto casi imperceptible, lo arroja al aire. La gema vuela a través del éter, girando sobre sí misma como un planeta impelido por una fuerza irresistible. Recorre el mundo, sobrevuela mares y tierras, y cae sobre el estrecho brazo en que se unen las aguas del mar y el gran océano, como si el dios estuviera fijando en el recorrido de ese trofeo robado el destino de su hijo.

∞

Un mensajero había llegado a la ciudad. En el salón del trono del palacio, el emisario había anunciado la victoria de Anfitrión y sus aliados sobre Pterelao, rey de los telebeos,



Zeus solo consiguió poseer a la fiel Alcmena tomando la figura de su esposo.

habitantes de Tafos. Mas en su relato había un punto de reserva: a pesar de la ayuda del propio Creonte, de Céfalo de Ática, de Panopeo de Fócide y, especialmente, de su tío Heleo, hermano de su padre y del propio Electrión, la victoria solo había sido posible gracias a una traición.

Tras salir del palacio, el mensajero dirigió sus pasos hacia el ágora, donde, rodeado por todos los ciudadanos de Tebas, contó que un antiguo oráculo establecía que la ciudad de los telebeos nunca podría ser tomada mientras estuviera vivo Pterelao, pues un cabello dorado, insertado en su cabeza por Poseidón, lo hacía inmortal.

—Mas los dioses han querido —añadió el mensajero con énfasis—, que el infame Pterelao pague sus delitos y su desmedida ambición no por la intervención de aquellos poderosos caudillos, sino por la traición de su propia hija, Cometo. —Hizo una pausa, percibiendo el murmullo que nacía de la multitud—. La muchacha —continuó—, se ha enamorado perdidamente de Anfitrión y, ofuscada por su pasión, ha cortado durante la noche el cabello dorado de su padre, causando su muerte y la desgracia de su patria.

El pueblo de Tebas escuchaba absorto el relato, el silencio presidía la plaza del mercado y la tensión se reflejaba en la rigidez de los rostros, pendientes de cada palabra. Sin embargo, tras anunciar la inmediata llegada de las tropas vencedoras, aquel hombre, experto en contar historias, acostumbrado a llenar con la luz de sus palabras las sombras de los hechos, enmudeció de repente, como si el triunfo de Anfitrión ocultara algún otro detalle inconfesable.

Al día siguiente, Anfitrión fue recibido como un héroe. Agolpados en torno al camino, hombres, mujeres y niños aclamaron al joven que, por fin, había conseguido cumplir su venganza, honrando así a Electrión y a la propia Alcmena. Cabalgaba sobre un corcel negro, acompañado de los caudillos que lo habían ayudado a combatir contra el rey Pterelao. El propio Creonte lo recibió como a un hijo, otorgándole honores de príncipe.

Mas Anfitrión ardía en deseos de ver a su esposa. Cuando, por fin, llegó al palacio, se dirigió presto a las estancias de Alcmena, deseando abrazarla y sentir de nuevo el calor de su cuerpo. Aceleró el paso mientras atravesaba los patios y recorría los pasillos, avanzando sin detenerse ante las palabras de halago de funcionarios y sirvientes; en su mente bullía el deseo, una irreprimible necesidad de tocar el cuerpo de su esposa, cuyo tacto casi se había desdibujado de su recuerdo.

Sin embargo, el joven vencedor no podía sacar de su cabeza las imágenes de sus últimos días en Tafos; estaba a punto de ver a su joven esposa, pero, en su interior, ardía una llama persistentemente alimentada por el recuerdo de los ojos de Cometo, la hija de Pterelao, profundos, azules, hermosos como el mar.

Anfitrión se detuvo un momento, a punto ya de enfilar el corredor de las habitaciones de las mujeres. El rostro de Cometo se dibujó con la claridad del día en el oscuro páramo de sus recuerdos, y las escenas que sucedieron a la toma de Tafos volvieron a llenar de imágenes sus ojos y de lamentos y gritos sus oídos. Incapaz ya de controlar el curso de su propia evocación, el joven revivió el momento en que Cometo, enamorada hasta la médula, le suplicó que lo llevara con él a Tebas. De nuevo escuchó las palabras de la muchacha, de nuevo vio las lágrimas resbalando por sus mejillas, de nuevo se vio a sí mismo rechazándola y ordenando

su ejecución con una frialdad que, ahora, solo unos días después, le parecía completamente ajena a sí mismo.

Absorto, sin poder dar un paso, su cuerpo parecía petrificado por el recuerdo de Cometo, arrastrada a la fuerza por dos soldados. Sus gritos resonaron de nuevo, y las imágenes de su ropa hecha jirones, su piel erosionada por la arena del suelo, sus ojos inundados de lágrimas, oscurecieron el alma de Anfitrión como una negra nube que, de repente, desciende por las laderas de los montes y ensombrece, con su húmedo abrazo, valles y aldeas.

Ni siquiera sabía cómo había sido ejecutada ni si, antes de morir, había servido de recreo a los soldados, ávidos de placer tras el asedio.

Con un supremo esfuerzo, retomó sus pasos. Al llegar a la habitación, su corazón latía agitadamente. Respiró hondo, tratando de serenar su ánimo y de aparentar una tranquilidad que no tenía, mientras notaba que su cuerpo, ante la inminencia del encuentro con su esposa, respondía con desorden al deseo, la nostalgia, la culpa y la necesidad de descansar.

Abrió la puerta despacio para no perturbar la calma que parecía reinar en la estancia. Avanzó extrañamente en guardia y enseguida vio a su esposa, sentada, con la mirada perdida sobre un espejo de bruñido bronce. Su rostro era inexpresivo; su cuerpo, un distante escollo rodeado por un mar helado.

Alcmena levantó la mirada y saludó a su esposo con frialdad:

—Bienvenido a tu casa de nuevo. Espero que, tras la noche pasada, solo hayas venido a saludarme.

Las palabras de su esposa lo dejaron perplejo. Sorprendido, sin ser capaz de entender cabalmente lo que se escondía detrás de ellas, apenas pudo balbucear una respuesta:

—La noche pasada dormí en un frío campamento, a una jornada de marcha de Tebas. Eres tú quien debe saludarme, Alcmena.

Ella obedeció, pero las palabras de su esposo la turbaron. Mientras Anfitrión satisfacía con ella su deseo, permaneció inmóvil, con la mirada perdida y los ojos cerrados, tratando de evitar las lágrimas. Algo incomprensible, algo que habría de marcar su vida para siempre había sucedido la noche anterior. Se esforzó por recordar, intentando que los jadeos y quejidos de su esposo no nublaran la claridad de su mente. Miró su rostro, escudriñó sus gestos, abandonándose por completo, sintiendo en cada embestida de Anfitrión la angustia de la duda e intentando comprender lo sucedido en aquella interminable noche.

Entonces, tras un leve y agudo quejido, los músculos de su esposo se relajaron. Alcmena notó sobre su pecho el peso de aquel hombre al que había amado desde la infancia, pero no fue capaz de experimentar sentimiento alguno.

∞

La pira estaba preparada en el patio central del palacio de Tebas. Muchos de los habitantes de la ciudad habían acudido a la Cadmea, la legendaria ciudadela, para presenciar la ejecución de Alcmena. Era una mañana soleada, incluso calurosa, bañada por un sol que derramaba su luz sobre una ciudad estremecida: la esposa de Anfitrión había sido acusada de adulterio y su marido, haciendo uso de su derecho, la había condenado a muerte.

Nadie había podido aplacar la cólera de Anfitrión, ni siquiera Tiresias, el adivino ciego al que había acudido, extrañado ante el frío recibimiento de su esposa. El anciano, acostum-

brado a lidiar con el orgullo de los poderosos, había intentado calmar al ofendido Anfitrión con amables palabras, pero solo había conseguido irritarlo más.

—¿Acaso tu ceguera ha afectado también a tu capacidad de vaticinar, anciano? —le espetó violentamente Anfitrión—. ¡Dame una explicación! ¡Dime una respuesta!

—Los poderosos siempre queréis conocer la verdad, muchacho, como si vuestro poder os hiciera inmunes a las consecuencias que muchas veces acarrea tal conocimiento. —Tiresias levantó el rostro y miró con sus vacíos ojos a su interlocutor. Se acercó un poco y, despacio, casi susurrando, continuó—: Yo soy ciego, Anfitrión, pero tú pareces ver menos que yo. Debes aceptar que Zeus ha engendrado en el vientre de tu esposa al que ha de ser su último hijo con una mujer mortal. El dios se transformó en ti mismo, tomó tu aspecto. Habló a tu mujer con tu voz, la acarició con tus manos, la inundó con tu olor y dejó que sintiera tu peso sobre ella. Nada pudo hacer Alcmena. Nada hubiera podido hacer ningún mortal.

Anfitrión escuchaba con aparente calma las palabras de Tiresias, pero su corazón estaba incendiado por los celos, incapaz de soportar la imagen de su mujer ofreciendo su cuerpo a alguien que no fuera él mismo.

—Zeus ordenó al sol que detuviera su carrera —añadió el adivino, decidido a decir la verdad sin rodeos—, y prolongó tres veces el tiempo de aquella noche, previa a tu llegada, para poder engendrar la clase de hijo que siempre ha deseado.

Las palabras de Tiresias resonaban todavía en la cabeza de Anfitrión mientras su esposa era conducida hacia la pira. Sin embargo, su cólera no había disminuido y su resentimiento

había estallado contra el adivino. ¿Cómo podía esperar aquel viejo farsante que creyera sus palabras? ¿Cómo se atrevía a enmascarar el adulterio de su esposa con una patraña tan burda como aquella? ¿A quién encubría en realidad?

Cuando la situaron sobre el montón de leña seca, el rostro de Alcmena expresaba una tristeza infinita. Sus enormes ojos, siempre rebosantes de vida y de esperanza, se habían oscurecido, tamizados por las lágrimas y por un sentimiento de incredulidad insoportable. Dócilmente, dejó que los verdugos hicieran su trabajo, alzó la mirada al cielo, implorando en silencio la ayuda del dios, y se dispuso a enfrentarse con su destino con la altivez y la entereza que había aprendido de su padre.

Anfitrión la contemplaba y, poco a poco, como una nube que se deshilacha abrazada por la brisa de la tarde, su cólera se fue empequeñeciendo. Ardía en deseos de abrazar a su esposa, de proyectar sobre ella, como siempre lo había hecho, su amor y sus ilusiones, pero un poder más fuerte que él se lo impedía. Los celos mordían sus entrañas y un sentimiento de venganza que le era familiar nublaba su mente. Deseaba volver atrás, revocar su propia orden, pero, tras el anuncio oficial del heraldo, ya no podía rectificar sin socavar su honor y su prestigio.

Inclinó levemente la cabeza y el verdugo encendió la antorcha, apoyándola después sobre las teas colocadas debajo de los leños. Inmediatamente el fuego prendió en los pedazos de madera y el olor dulce de la resina se expandió por la plaza. Algunos de los presentes cerraron los ojos; otros los clavaron alternativamente en los rostros de los dos esposos, intentando penetrar, a través de ellos, en los secretos de la verdad.

Las llamas crecieron rápidamente. Alcmena comenzó a notar su calor y el pánico se apoderó de su ánimo. Trató de gritar, de llamar a su esposo, de despertar de aquella pesadilla, pero todo sonido se ahogaba en su garganta. Entonces, mientras la desesperación hacía presa en ella, una gota de agua mojó su rostro. Levantó los ojos hacia el cielo y vio que, encima de Tebas, las nubes se amontonaban. No había viento, pero una densa mancha, gris primero, casi negra después, invadió el azulado fondo del cielo y la noche pareció caer sobre el mundo en pleno día.

Un rayo largo, dorado como el fuego, unió el cielo y la tierra. Ante los ojos atónitos de los tebanos, una fuente de fuego brotó justo delante del lugar en que se encontraba Anfitrión, iluminándolo todo, mientras las llamas de la pira, a punto de quemar ya el cuerpo de Alcmena, se apagaban.

Todo quedó a oscuras, cubierto con el negro manto de la noche. Mas el chorro de fuego seguía brotando delante de Anfitrión, iluminando su rostro y el de su esposa, como si fueran dos estrellas solitarias en medio de un cielo desierto. Entonces las miradas de los dos se encontraron, ambas implorantes. Alcmena sentía el terror de haber entendido que en su vientre llevaba al hijo de Zeus; Anfitrión alcanzó a comprender que su esposa era inocente y que nadie, ni siquiera él mismo, podía oponerse a los designios de un dios. Abandonó el lugar que ocupaba y corrió hacia ella, confuso, aturdido.

En medio de la plaza, rodeados de tanta gente, Alcmena y Anfitrión parecían estar solos. La luz los iluminaba, los seguía atraída por sus cuerpos igual que el recuerdo de su patria persigue a un exiliado, hasta que los dos, por fin, se abrazaron. Sus lágrimas se mezclaron y cayeron sobre los

leños apagados, chisporroteando como el hierro candente de una espada que el herrero templa en el interior de un cubo de agua.

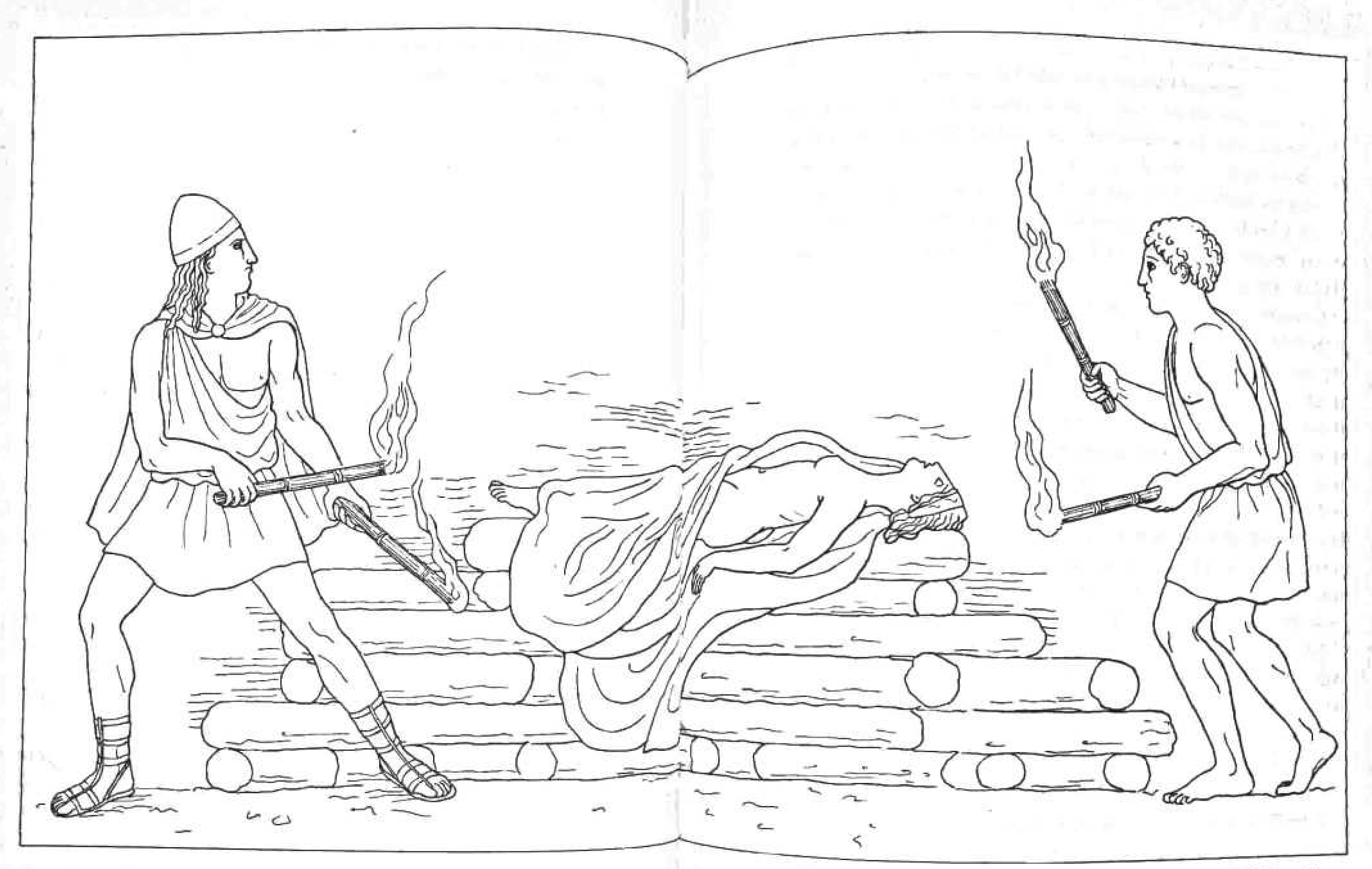
∞

El espectáculo ocurrido en la ciudadela de Tebas no había sido contemplado solo por el propio Zeus. También su esposa Hera había visto, atónita, a la mujer con la que su esposo se proponía tener un nuevo hijo. Los celos transformaron su rostro en una máscara feroz.

Fijó la diosa su mirada en Alcmena y grabó aquella imagen en su mente con ciega precisión, luego se retiró en silencio, a hurtadillas, encaminándose a una fría cueva de una de las laderas del monte Olimpo. Era una cueva umbría, en cuyo suelo había una grieta profunda que amplificaba extraños sonidos llegados desde el Tártaro.

Penetró en el interior de la tierra tratando de mezclarse con los ecos de los viejos dioses, aquellos que habían gobernado el mundo antes de la llegada de su esposo. Suplicó el amparo de aquellas divinidades, dueñas del universo desde tiempos remotos; imploró su ayuda en la batalla que se avecinaba contra su marido, el adúltero, el promiscuo, el miserable Zeus.

Entonces, desde el interior de la grieta surgieron gruñidos, respiraciones agitadas, ecos de unas criaturas que, vencidas y humilladas por Zeus y sus hermanos, formaban ya parte de un reino de sombras, de una cárcel subterránea a la que no llegaba la luz del nuevo mundo. Sus ojos se habían atrofiado, sus cuerpos se confundían con el musgo, con las gotas de humedad que la tierra rezumaba como lágrimas furtivas nacidas de



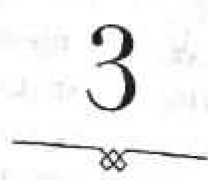
Alcmena comenzó a notar el calor de las llamas y el pánico se apoderó de su ánimo.

un tiempo perdido para siempre. Un olor extraño lo invadía todo: vejez, tiempo marchitado, soledad oscura.

Hera acudía allí cuando se sentía tan humillada como las criaturas cuyos ecos poblaban aquel antro. Oía sus gruñidos, sentía en cada rincón el peso de un odio acumulado durante mucho tiempo, y su propio odio y su voluntad de hacer sufrir a los hijos y a las amantes de su esposo se afianzaban. Aquel lugar le daba fuerzas para enfrentarse a la promiscuidad de Zeus.

Cuando salió del antro sentía su ánimo hirviendo de odio. Mientras descendía por la ladera, vio la figura de Ilitía, la diosa de los alumbramientos, que también se dirigía hacia la entrada de aquella cueva maldita, con el deseo de escuchar los sonidos de la vieja madre Tierra. Entonces el rostro de Hera se iluminó, sus ojos se llenaron de una luz extraña, brillante y oscura, y tuvo la certeza de que su venganza era posible.

Caminó hacia Ilitía con una sonrisa perruna dibujada en la grieta de su boca, comprendiendo que solo tenía que esperar a que los días del parto se acercaran para cumplir con saña su venganza.



3

Dos partos difíciles

Pasaban los días; Alcmena había salido ya de cuentas y, sin embargo, no tenía ningún síntoma de parto. Su nodriza procuraba animarla, los curanderos no advertían nada anormal y los adivinos no eran capaces de observar ningún fenómeno extraño.

Sin embargo, Tiresias tuvo un sueño cuya interpretación le pareció concluyente desde el primer momento. Al despertar, repasó una y otra vez las imágenes, recordó con precisión cada palabra, y no tuvo ninguna duda de lo que significaban. Salió de su habitación con gesto preocupado y se dirigió hacia las estancias de Alcmena, pues el sueño le había revelado la razón por la que el parto se retrasaba.

Al acercarse a la zona de las mujeres se cruzó con varias sirvientas cuyos rostros delataban preocupación. Preguntó a una de ellas y supo que el sufrimiento de Alcmena había empezado y que, quizá, se habían desencadenado ya los do-

lores previos al parto. Cruzó un patio de luces y, repentinamente, sintió la presencia de una sombra sentada sobre una escalera. Se esforzó por concentrarse, intentando percibir con su mente lo que sus ojos eran incapaces de ver y, entonces, se dibujó sobre el clarividente mapa de sus sentidos la figura de una mujer cuyo rostro no conocía. Sin embargo, sabía muy bien lo que significaba la postura con que, completamente inmóvil, estaba sentada sobre las escaleras de acceso al patio. Tenía las manos y las piernas cruzadas, y permanecía rígida, contraída, igual que una estatua de piedra. Nadie la veía ni percibía su presencia.

Un grito hirió la calma de la mañana, confirmando los peores temores del adivino. La hora del parto había quedado atrás hacía muchos días, pero, por fin, los dolores se estaban desencadenando. Las contracciones herían las entrañas de Alcmena como un terremoto agrietando la tierra, pero su útero no dilataba, sus músculos no se distendían, aunque el hijo que había crecido en el interior de su vientre pugnaba por ver la luz.

La prodigiosa mente del adivino, capaz de ver con antelación los sucesos del futuro, se esforzaba ahora denodadamente en visualizar los sucesos del pasado. Apretó los dientes, intentó penetrar con el ariete de su instinto la muralla del tiempo, pero no consiguió nada. Un telón blanco, luminoso, deslumbraba su mente. Entonces, desanimado, rezó a la diosa Atenea, causante de su ceguera y, a la vez, de su don clarividente.

—Señora Atenea —imploró—, permite que mi mente penetre en las cosas que han sucedido; haz que la deslumbradora luz que ciega ahora mis sentidos se desvanezca y pueda ver la razón del sufrimiento de quien lleva en su vientre al hijo de tu divino padre.

Entonces, Tiresias recogió todo su cuerpo en un gesto de oración y esperó la respuesta de la diosa. Su cuerpo comenzó a temblar, las cuencas de sus ojos parecieron contener una rígida pared, blanca como la nieve, y una espuma densa emergió de las comisuras de sus labios.

Los sirvientes apenas repararon en él, acostumbrados a ver al anciano ciego en los momentos en que, inopinadamente, era poseído por el trance adivinatorio. Como tantas otras veces, bajaron la vista y se alejaron prudentemente.

Mas no era el futuro lo que Tiresias estaba viendo; era, por fin, el pasado. La luz que deslumbraba su entendimiento se fue difuminando, filtrada por el tamiz de unas imágenes que, poco a poco, se fueron haciendo nítidas, claras como el casco de una nave emergiendo de la niebla. El anciano se vio en el Olimpo, presenciando una asamblea de los dioses. Su cuerpo se tensó todavía más, todas sus articulaciones se volvieron de rígido bronce, cayó al suelo, como si estuviera siendo atacado por la enfermedad sagrada, y vio a Zeus dirigiéndose solemnemente a los demás dioses; su voz resonaba en los oídos de Tiresias amplificada por las oquedades y grietas de las rocosas paredes del Olimpo.

—Está a punto de nacer —dijo el dios— quien habrá de ser mi último hijo con una mujer mortal. No será uno más de entre los muchos hijos que he tenido, pues he necesitado el tiempo de tres noches para engendrarlo. Tres noches de placer y esfuerzo —añadió clavando su mirada en el rostro de Hera.

La cima del monte sagrado devolvió las palabras de Zeus como si surgieran de la garganta de la misma tierra, y Hera se removió en su sitial; la ira y los celos se fueron acumulando en su pecho y sus ojos, habitualmente plácidos como los

de una novilla, parecieron los de una loba que prepara sus fauces para asestar un mordisco mortal a una rival.

—Hago un solemne juramento ante todos vosotros —continuó Zeus—: el primer descendiente de Perseo que, a partir de hoy, nazca de una mujer mortal, reinará sobre la tierra de Argos para siempre. Y después de él, sus descendientes.

Tiresias se convulsionaba en el suelo. Las palabras de Zeus se fueron alejando de su mente y, con progresiva nitidez, en su lugar fue emergiendo el rostro de Hera. Entonces, ante las vacías cuencas de sus ojos, sentada sobre la escalera del patio, la figura de la mujer con manos y piernas cruzadas apareció de nuevo y Tiresias supo que se trataba de Ilitía, hija de Hera, fiel criada de su madre y servidora de sus odios. Con angustia creciente, el anciano comprendió que, mientras la diosa de los alumbramientos permaneciera con las piernas y las manos cruzadas, el parto sería imposible, el nacimiento del hijo de Zeus se prolongaría día tras día, noche tras noche, y Alcmena seguiría sufriendo en vano dolores inhumanos.

Con los párpados abiertos, Tiresias fue abandonando el trance infundido por Atenea y, paulatinamente, comenzó a percibir con claridad las voces de quienes poblaban el patio. Algunos gritos y unos pasos precipitados lo sacaron por completo de su ensueño y lo devolvieron de nuevo al presente. Con un gran esfuerzo, apoyando el escaso peso de su cuerpo sobre el viejo báculo de olivo, se puso de pie y se dirigió hacia el lugar de donde provenían las voces.

Un heraldo había llegado al palacio de Tebas. En medio de la plaza de la Cadmea relataba una noticia sorprendente:

—El hijo de Esténelo, mi señor, y Nícipe, descendiente de Perseo, primo del hijo que ha de alumbrar Alcmena, acaba de nacer en Micenas. Algún dios —añadió— ha hecho que el parto de Nícipe se adelante dos meses, pero el niño, a pesar de haber nacido muy débil, está vivo. Su nombre es Euristeo —sentenció el heraldo.

Un temblor sacudió el cuerpo de Tiresias. Inmediatamente sintió que Ilitía abandonaba el palacio.

Los ojos vacíos del adivino se abrieron por completo, redondos como anillos de oro, y sobre sus blancas cuencas se dibujó con claridad el camino del futuro.

◊◊◊

Por fin el parto de Alcmena había comenzado. La mujer sintió que su cuerpo comenzaba a prepararse: los músculos estaban distendiéndose, los huesos de su cuerpo parecían ensancharse y notaba en su interior el empuje de su hijo.

Mientras ahogaba su dolor con gritos desgarradores, en el cielo de Tebas las nubes comenzaron a amontonarse. Era noche cerrada, sin luna, oscura como una grieta en medio de la tierra. El gran Zeus contemplaba el nacimiento de su hijo herido en su orgullo, pues Hera había utilizado la solemne promesa que él mismo había hecho a los demás inmortales para hacer que Euristeo, el hijo de Esténelo, reinara sobre Argos. Lleno de rabia, se sentía prisionero de su propio juramento y, en cierta medida, vencido por el ingenio de su taimada esposa, que había retrasado el parto de Alcmena y adelantado el de Nícipe. Se sentía frustrado y no dejaba de pensar en la mejor manera de vengarse.

Un rayo enorme, brillante, precedió al horrible rugido del trueno, y toda la ciudad tembló en el momento en que el hijo de Zeus emergía del útero de su madre: su cabeza

estaba perfectamente formada y sus ojos parecían querer reconocer, desde los primeros instantes de su vida, el lugar al que llegaba. Los rayos del cielo inundaban de luz la oscura noche y el estruendo de los mugidos del cielo paralizaba a los animales en sus cubiles y a los hombres en sus chozas.

La partera no tuvo que hacer ningún esfuerzo por extraer el cuerpo del recién nacido; con un brío completamente inaudito, el bebé se abrió paso por sí mismo. Abrió la boca, como intentando comunicarse, estiró los miembros, permaneció atento, en guardia, como si supiera que la luz de los rayos y el estrépito de los truenos eran la voz de su padre, celebrando su nacimiento.

Su pequeño cuerpo era perfecto: músculos definidos, ojos inquisitivos, rostro de roca y, sobre todo, una fuerza descomunal que se percibía en la tensión de sus miembros y en la facilidad con que, apenas nacido, fue capaz de ponerse en pie y gatear hacia el regazo de Alcmena, donde se acurrucó como un cachorro de león, dejándose acariciar por las suaves manos de su madre.

Anfitrión entró en la habitación ardiendo de curiosidad. Deseaba ver al hijo de su esposa y contemplar con sus propios ojos la obra de Zeus. Cuando intentó cogerlo, el bebé lo miró con desconfianza. Anfitrión lo tomó en brazos con reserva, pero el niño pareció intuir inmediatamente la bondad dibujada en la honda mirada de aquel hombre desconcertado.

El peso del bebé excedía toda regla. Anfitrión tuvo que esforzarse para poder sujetarlo. Lo miró con fingida ternura, lo atrajo sobre su pecho y lo abrazó despacio, intentando que algún sentimiento paterno fluyera desde el interior de su ánimo. Entonces, la cegadora luz de un rayo iluminó por completo la estancia; el rostro del recién nacido se llenó con

la luz del cielo y Anfitrión aceptó definitivamente que tenía entre sus brazos al hijo de un dios. Lo separó de su pecho y, mirándolo a los ojos, dijo:

—Te llamarás Alcides, como tu abuelo, mi padre.

Dejó al niño y, sin volver la cabeza, salió de la habitación. Alcmena lo recibió de brazos de la nodriza y, de pronto, sintió miedo. Aunque era hijo de Zeus, sabía que el odio de Hera se cebaría en él y en ella misma, y maldijo haber sido elegida por el dios como madre de uno de sus hijos. Abrazó al pequeño Alcides, creyó percibir en el ritmo de su respiración la precisión de un fuelle y se estremeció ante la fuerza de su mirada.

Mientras susurraba a su hijo recién nacido dulces palabras, lágrimas furtivas, nacidas de la inseguridad que el futuro le deparaba, se deslizaron por sus blancas y hermosas mejillas. Entonces, el niño Alcides, sin llevar en el mundo más que una pequeña sucesión de instantes, enjugó con sus dedos las lágrimas de su madre e, incorporándose sobre su regazo, acarició su rostro y lo abrazó con las palmas de sus manos, mirándola con tal serenidad, con una calma tan profunda, que Alcmena cerró los ojos, respiró hondo y se durmió, vencida por el cansancio y las emociones.

Mas no fue una noche tranquila; el interior de su cuerpo seguía bullendo y su vientre no parecía relajarse. Los magos, congregados alrededor de su lecho, discutían entre sí sin ponerse de acuerdo sobre las razones que impedían el descanso de la mujer. Palpaban su vientre y notaban una dureza extraña que de vez en cuando se mezclaba con un movimiento interior, como si el hijo que esperaba continuara dentro de ella.

Fue una larga noche. Muchos hombres sintieron una honda inquietud al observar que algo había cambiado en el cielo.

Pastores que dormían cerca de los apriscos del ganado, amantes furtivos que escondían sus amores bajo las sombras de la noche y se imaginaban el futuro bajo la luz de las estrellas, astrónomos y observadores del movimiento de los astros vieron con claridad que un chorro de estrellas desconocido, recién nacido, blanco como la leche, había aparecido en el cielo formando sobre la negra sábana un camino de puntos resplandecientes.

∞

La misma noche del nacimiento de Alcides, Zeus comenzó a velar por él. Viendo que Alcmena seguía sufriendo dolores, decidió enviar a su hija Atenea al lugar donde el recién nacido descansaba y encomendarle una misión que debía de cumplir dos objetivos: el primero era procurar a su hijo una fuerza impropia de un mortal; el segundo era actuar contra su esposa con astucia y decisión, las mismas armas utilizadas por ella al adelantar el parto de Euristeo.

Atenea, fiel a su padre, tomó al niño en secreto y lo llevó al Olimpo, al lugar en que Hera dormía profundamente. Con todo el sigilo de que fue capaz, depositó al hijo de Zeus sobre el regazo de la diosa, justo al lado de uno de sus pechos. Atenea contempló cómo la boca de Alcides se abría y rodeaba con sus tiernos labios el pezón de Hera, que no dio muestras de despertar. El niño comenzó a beber aquella leche.

Mas Alcides chupó con tal ansia, succionó con tal violencia, que Hera despertó sobresaltada. Antes de que pudiera comprender cabalmente lo sucedido, Atenea arrancó al niño del pecho inmortal para ponerlo a salvo de la ira de la diosa. Mientras desaparecía de la estancia y volaba de nuevo hacia la Tierra con el pequeño en los brazos, del pezón de la esposa de Zeus brotó un chorro que roció el cielo de la noche con infinidad de gotas de su sagrada leche.

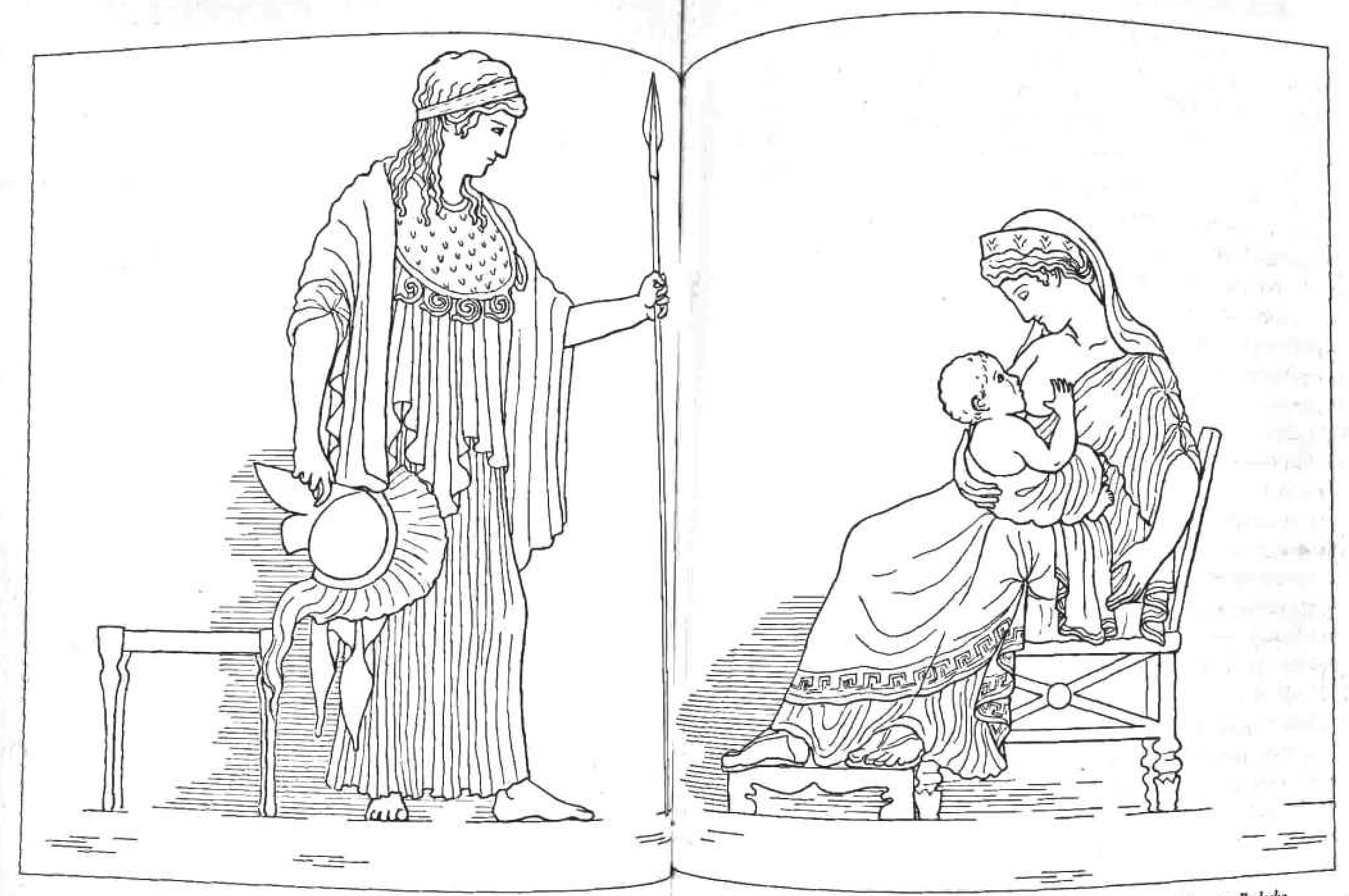
Alcides, dormido profundamente, seguía moviendo los labios mientras, con sumo cuidado, las manos de Atenea lo dejaban de nuevo en el interior de su hermosa cuna de madera.

∞

En la noche que siguió al nacimiento de Alcides, Alcmena tuvo otro hijo. Los magos y curanderos comprendieron por fin lo que sucedía en el interior de su cuerpo y ella pudo, finalmente, descansar. Esta vez el cielo no rugió ni los adivinos vieron señal alguna: fue un parto normal que trajo al mundo a un niño normal, concebido en la noche del victorioso regreso de Anfitrión de la campaña contra Pterelao y los telebeos.

Mientras Alcmena, por fin tranquila, dormía, Anfitrión contemplaba a su hijo, el hermano de Alcides, y reconocía en su rostro, contraído por los esfuerzos del parto, algunos de sus rasgos. Por primera vez se veía a sí mismo en el pequeño cuerpo, apenas recién nacido, de un hijo. Tomó al bebé en sus brazos, lo balanceó dulcemente y aspiró el olor de los aceites perfumados con que había sido ungido por las sirvientas.

Sin darse cuenta, sin saber el origen de la melancolía que lo invadía, Anfitrión repasó, con su hijo en brazos, los episodios que habían conformado su vida. Poco a poco, igual que el fanal de un barco va columbrándose lentamente, irradiando con su pequeña luz algo de calor en medio de la helada soledad del mar, Anfitrión iba vislumbrando escenas de su propia vida, sintiendo que el tenue calor de su hijo irradiaba algo de luz en el grisáceo océano de sus recuerdos.



Alcides se agarró al pecho de la diosa ansioso por beber aquella leche.

Recordó la batalla contra los hijos de Pterelao en la playa, la muerte de Electrión y sus últimas palabras, y percibió la fragilidad con que la vida humana puede quebrarse en apenas un instante. Recordó también el rostro de reptil de Esténelo, pronunciando la inapelable sentencia que lo desterraba de la tierra de Argos, y evocó con vívida melancolía el momento en que Alcmena tomó la decisión de recorrer con él los caminos del exilio.

Apretó contra su pecho el cuerpo de su hijo y, colmado de una emoción que no había sentido nunca antes, pronunció despacio, casi con solemnidad, su nombre:

—Ificles —dijo casi con miedo—. Hijo mío, hermano de un prodigio, ojalá la vida te depare la felicidad y la calma que yo no he tenido.

Pensó un momento en Alcides, solo una noche mayor que su hijo, y arrugó la frente comprendiendo que la paz era un deseo imposible para un hijo de Zeus. Trató de visualizar al pequeño Ificles haciendo su camino en solitario, enfrentándose al futuro por sí mismo, con determinación y esperanza, pero apenas consiguió imaginarlo a la sombra de Alcides, siempre a su lado, como su fiel escudero en las muchas pruebas que, sin duda, se avecinaban.

Dejó al bebé en brazos de la nodriza y salió de la habitación. Siguiendo su propio impulso, paseó un rato por las murallas, contemplando sus enormes bloques de piedra, sus siete imponentes puertas, cerradas durante la noche. Desde lo alto de las almenas, vio los caminos que parecían comunicar a Tebas con todos los rincones de Grecia, como si aquella ciudad que lo había acogido como a un hijo fuera el centro del mundo.

La serenidad se fue abriendo paso en su ánimo. Apoyó su espalda sobre el lienzo de la muralla y dejó que su cuerpo se deslizara hasta el suelo, sintiendo una profunda sensación de descanso. Cerró los ojos, apretó las mandíbulas y se dejó atrapar por aquel estado que lo hacía sentirse en un mundo ambiguo, en un territorio sin dueño, en un espacio de frontera entre el sueño y la vigilia.

Entonces vislumbró una pequeña silueta emergiendo de las sombras. Al principio creyó que formaba parte de aquel estado de dulce sosiego, pero enseguida vio, asombrado, que era Alcides dirigiéndose hacia él. A la débil luz de las antorchas, no fue capaz de ver con claridad lo que sucedía, pero, antes de que pudiera reaccionar, Alcides se acercó a él, se introdujo en el hueco de sus piernas, cruzadas sobre el suelo, lo abrazó con sus pequeños brazos cargados de fuerza y se durmió en un instante, como si la presencia de quien habría de ser su padre mortal lo tranquilizara por completo.

Anfitrión sintió una oleada de calor recorriendo sus entrañas. Notaba el peso de Alcides, su respiración, su dulce olor, y, lentamente, impulsado por el sentimiento más enérgico que había experimentado jamás, abrazó el pequeño cuerpo de su hijo.

Mientras las estrellas declinaban y la rosada luz de la aurora comenzaba a dibujarse sobre el horizonte, Anfitrión supo que tenía dos hijos y se prometió a sí mismo que viviría por ellos y lucharía por ellos aceptando cualquier desafío que el destino le tuviera preparado. Entonces el cansancio lo venció por completo y se durmió bajo el lienzo de la noche, con el pequeño Alcides entre sus brazos y una dulce sensación de serenidad anclada en lo más profundo de su ánimo.

Mas, en ese mismo momento, en el límite entre el cielo y la tierra, sobre la helada cumbre del Olimpo, el ánimo de Hera hervía lleno de ira contenida. La diosa sujetaba su furia mientras contemplaba a Alcides entre los brazos de Anfitrión, sobre la muralla de Tebas. Debía actuar con inteligencia y reflexión, pues no podía atraerse la furia de su esposo: ya había conseguido burlarlo haciendo que Euristeo naciera antes que Alcides; ahora debía ceñirse a su plan.

—Nadie recordará que una vez te llamaste Alcides —musitó entre dientes.

Entonces una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios mientras cavilaba la manera de hacer sufrir al nuevo bastardo de su esposo antes de que llegara el día de convertirlo en su servidor.

4

La educación de un héroe

Alcides e Ificles crecieron en un ambiente cálido propiciado por sus padres, aunque su desarrollo fue completamente diferente. A los ocho meses de edad, Ificles era un niño normal: se pasaba el día en brazos de su nodriza y era incapaz de mantenerse en pie sin ayuda. Alcides, sin embargo, andaba por los pasillos del palacio y balbuceaba palabras que, con frecuencia, provocaban la sonrisa de sus padres.

Todo parecía fluir plácidamente en el palacio real de Tebas, y los días se sucedían sin sobresaltos, mientras los dos hermanos crecían sanos ante la atenta mirada de sus progenitores. Mas una noche, todo pareció dar un giro de nuevo.

La madrugada había llenado con su silencio el palacio de Tebas. Los guardias dormitaban sobre las almenas de las murallas, atraídos por el canto de las criaturas de la noche; una suave brisa parecía acariciar la ciudad mientras la oscuridad lo envolvía todo y el llano iba humedeciéndose con el rocío

que empapaba la tierra. Algún eco lejano, amplificado por la quietud nocturna, centraba la atención de los centinelas, cuya imaginación buscaba cualquier excusa para huir del invencible tedio de las horas de vigilia. Acostumbrados al silencio, sus sentidos eran capaces de percibir la más mínima señal de peligro, por insignificante que pareciera.

Mas aquella madrugada, en el momento en que los rosados dedos del alba comenzaban a acariciar el horizonte, nadie vio las dos enormes serpientes que, pegadas a los lienzos de la muralla, se deslizaban sobre la tierra, llenando sus vientres con la humedad del suelo. Reptaban juntas, silenciosas, proyectando sus lenguas en la brisa de la noche. Sin demora, los dos ofidios penetraron en la ciudad por una grieta, y dirigieron sus ondulantes cuerpos hacia la Cadmea.

Desde el cielo, una extraña sombra parecía moverse entre las nubes, teñidas levemente con la incipiente luz del amanecer. Igual que el polvo gira en remolinos sobre los rayos de luz que penetran en una habitación, así aquella mancha parecía desplazar en espirales las nubes cercanas. La diosa Hera, amparada por las tinieblas, observaba con ojos de ave nocturna los dos monstruos que había enviado a Tebas. No pestañeaba, su rostro no hacía el menor gesto, su respiración se confundía con el eco del viento, en un intento de observar el desplazamiento de las dos serpientes y, a la vez, no delatar su plan ante su esposo. Formando parte del propio cielo, la diosa se hacía invisible a hombres y dioses; mas sus ojos, convertidos en dos dagas de luz, observaban, escudriñaban, guiaban con su resplandor invisible el rumbo de los monstruos.

Sin ser detectadas, las dos serpientes penetraron en el palacio de la Cadmea. Enfilaron los pasillos de las habitaciones

de las sirvientas y, haciendo vibrar sus bífidas lenguas y levantando sus aterradoras cabezas, localizaron la estancia en la que dormían los dos hijos de Alcmena.

Prodigiosamente, redujeron su volumen para adaptarse al mínimo hueco que las gruesas hojas de las puertas dejaban sobre el suelo y por allí penetraron en la habitación, silenciosamente, moviéndose como espectros guiados por el olor de la muerte, esperando el momento de hacer presa en la carne de sus víctimas. Cuando estuvieron dentro de la estancia, sus cuerpos se ensancharon de nuevo, sus cuellos se levantaron y abrieron sus fauces, de las que goteaba una saliva espesa que caía al suelo dejando un rastro humeante y maloliente que, en un instante, inundó los aposentos de los dos hermanos con el fétido olor de la carroña.

Los llantos de terror de Ificles llenaron los pasillos del palacio. Anfitrión despertó sobresaltado y, espada en mano,corrió hacia la habitación de sus dos hijos, que no habían cumplido todavía los nueve meses de edad. Una de las sirvientas gritaba incapaz de articular una sola palabra: de su garganta emergían quejidos que trataban de expresar el prodigio que se estaba desarrollando en el interior de la habitación de los pequeños. Anfitrión la separó de la puerta y entró, preso de la angustia; lo que vio le heló la sangre en sus venas.

En el suelo, sobre un charco de espesa sangre, yacía uno de los reptiles, con las enormes mandíbulas desencajadas, desgarradas las quijadas desde su base. El animal se convulsionaba en medio de agudos estertores, arrojando por las grietas de su reventado cuerpo humores y sangre que llenaban la habitación de un olor dulzón y pegajoso, como el del empantanado suelo de un campo de batalla.

Dentro de su pequeña cuna de madera, Alcides tenía enroscado en su cuerpo al otro monstruo. El pequeño miró a su padre con una sonrisa inocente mientras sus manos abrían la boca de la serpiente hasta desencajar sus mandíbulas, tronchando las quijadas con la facilidad con que un adulto hubiera roto una brizna de madera seca. El chasquido de los huesos sobrecogió el alma de Anfitrión, que presenciaba aquel increíble espectáculo sin ser capaz de reaccionar.

El pequeño Alcides arrojó el cuerpo sin vida del ofidio, que se estrelló contra la pared con un ruido sordo. Saltó de un brinco de la cuna y corrió junto a Anfitrión, abrazándose a sus rodillas y apretándolo con tal fuerza que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Sobre la otra cuna, en cuclillas, Ificles lloraba desconsoladamente, sin saber lo que estaba ocurriendo, aterrorizado ante aquel espectáculo del que solo era capaz de percibir el confuso aroma de la muerte.

Anfitrión deshizo con delicadeza el abrazo de Alcides, lo cogió de la mano y se dirigió hacia la cuna de Ificles, que temblaba de miedo y de frío. Lo tomó en brazos, lo apretó contra su pecho tratando de transmitirle sosiego y salió de la habitación con los dos niños: uno iba acurrucado sobre su pecho, asido a su cuello, apoyando en su brazo su cuerpo y su miedo. El otro caminaba delante, con las manos ensangrentadas y el rostro salpicado por los humores de sus víctimas.

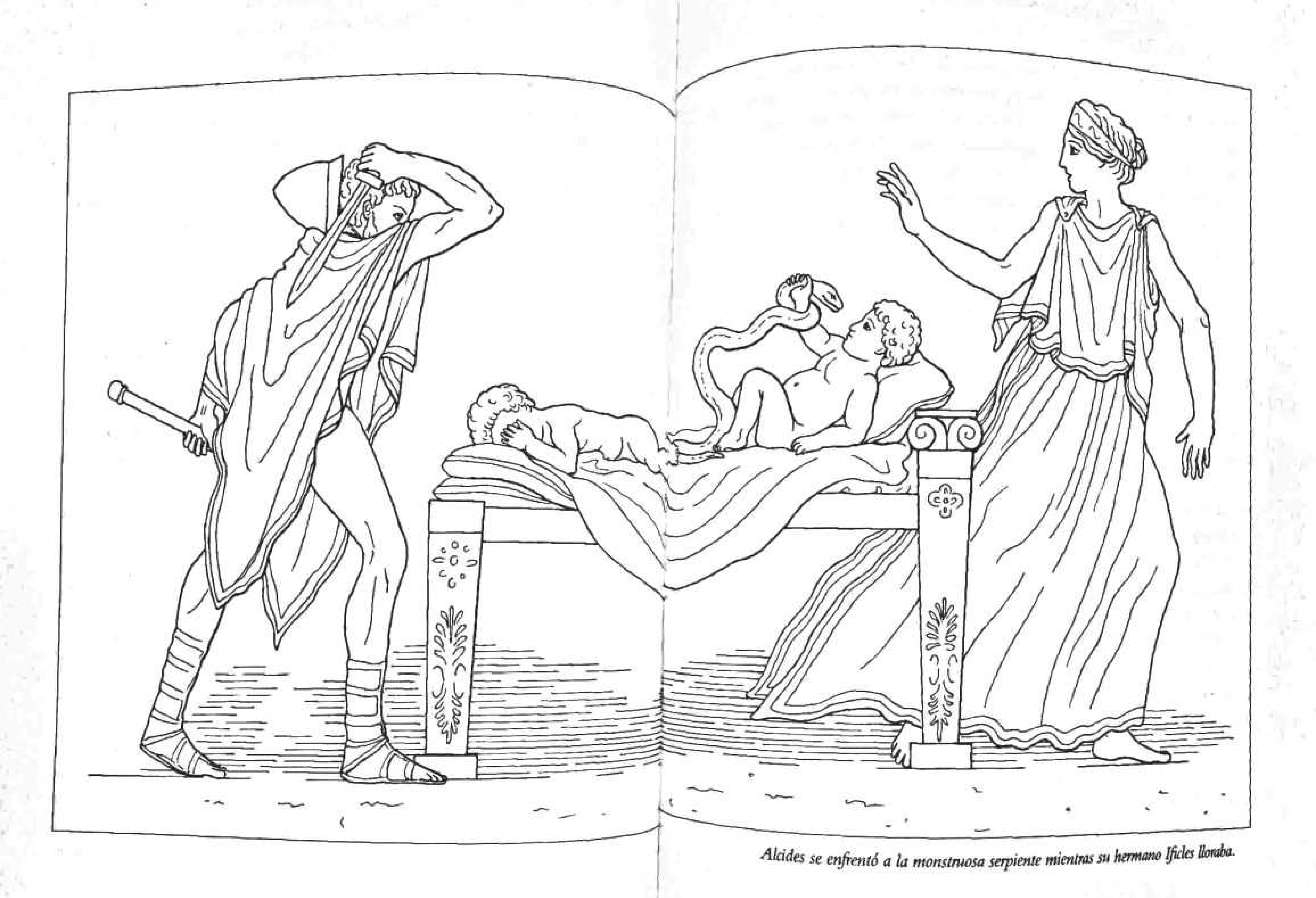
Desde el cielo, teñido ya por la luz del alba, la silueta de Hera se deshizo igual que una nube abrazada por el viento. Antes de desaparecer, contempló al niño Alcides. Tras ver los cuerpos de las dos serpientes, desmadejados sobre el suelo, con las mandíbulas grotescamente desencajadas, Hera tuvo la seguridad de que su venganza tardaría tiempo en cumplirse.

∞

Aquella noche no se borraría nunca de la cabeza de Anfitrión. La imagen del pequeño Alcides rompiendo las mandíbulas de las dos serpientes rondó sus sueños como un espejo que reflejara todas sus pesadillas. Sin embargo, si alguna vez había tenido dudas sobre quién era el verdadero padre del pequeño, estas habían desaparecido para siempre.

Aunque Anfitrión sabía que el dios protegería la vida de su hijo, era evidente que Hera lo perseguiría sin descanso, descargando sobre él y sobre su madre los celos que envenenaban su ánimo. Así pues, sabiendo que el destino del muchacho no estaba en sus manos sino en las de los dioses, concentró sus esfuerzos no en su protección, sino en su educación. Si el pequeño Alcides —pensaba Anfitrión— había sido capaz de matar a esos dos monstruos sin haber cumplido un año de edad, ¿qué sería capaz de hacer cuando fuera un adolescente? ¿Qué clase de hombre habría de ser si su enorme fuerza y su increíble precocidad no eran encauzadas mediante una educación estricta?

Tras el incidente de las serpientes, los años transcurrieron con tranquilidad en la morada de Anfitrión y Alcmena. Con el paso del tiempo, Ificles consiguió participar en los mismos juegos que su hermano, aunque nunca estuvo a la altura de sus proezas. Alcides lanzaba la jabalina más lejos que sus maestros, corría más velozmente que ellos y rivalizaba con todos de tal forma que magos, adivinos y matemáticos de otros lugares de Grecia acudían a Tebas atraídos por su fama.



Alcides se enfrentó a la monstruosa serpiente mientras su hermano Ificles lloraba.

Cuando alcanzó la edad adecuada, Anfitrión comenzó a adiestrarlo en la conducción de los carros de guerra. Visto desde lejos, el muchacho sobresalía por encima de su padre más de una cabeza cuando apenas acababa de cumplir los doce años; guiaba los caballos con energía y era capaz de pararlos en poco más de un codo de terreno, sujetando con fuerza las riendas: los animales sentían en sus bocas la enorme presión de los bocados de bronce y eran incapaces de resistir la potencia de los brazos de Alcides, que disfrutaba enormemente de las actividades relacionadas con la lucha.

Era tal su fuerza, la superioridad que desplegaba sobre sus compañeros y maestros, que Anfitrión comenzó a preocuparse por la arrogancia y la soberbia que, como había previsto, se iban adueñando de la personalidad de su hijo. Acostumbrado a vencer en todo, su carácter se fue tornando altivo y en su interior fue creciendo la sensación de que las cosas y las personas estaban a su servicio.

Preocupado, Anfitrión decidió llamar a algunos hombres a quienes consideraba capaces de domeñar, siquiera en parte, la altivez y altanería del muchacho. Uno de ellos era Éurito, rey de Ecalia, hijo de Melaneo, tan habilidoso en el arte de disparar flechas que pasaba por ser hijo del mismísimo Apolo. Había heredado de su padre el talento para manejar el arco y una cierta acritud de carácter que lo había convertido en un hombre inflexible.

Cuando Anfitrión le pidió que enseñara a su hijo los secretos del manejo de las armas de guerra, Éurito ya había oído hablar de Alcides y sintió de inmediato curiosidad por conocer al joven prodigio y averiguar si era verdad lo que de él se decía. Partió hacia Tebas de inmediato; sin saber la

razón, sentía que buena parte de su destino habría de estar ligada al de aquel muchacho orgulloso, de quien se contaban las proezas más extravagantes.

Junto con Éurito, otros hombres expertos se hicieron cargo de la educación de Alcides, mas, a pesar de que el muchacho destacaba en todas las artes que exigían destreza física, no demostraba la misma capacidad en las disciplinas intelectuales, especialmente en la música. Con frecuencia se rendía antes de ser capaz de comprender un texto o de ejecutar con algún instrumento musical alguna de las escalas básicas; entonces se ofuscaba y, con demasiada frecuencia, arrojaba contra el suelo la tablilla que intentaba leer o el instrumento musical con el que pretendía seguir las indicaciones de sus maestros. Algunos de ellos, asustados por la violencia de Alcides ante las dificultades de su aprendizaje, habían abandonado Tebas por temor a ser agredidos por el irascible muchacho.

Entonces, Anfitrión hizo llamar a Lino, el hijo de una musa. Era un hombre de carácter y, a la vez, un músico notable, al que se atribuía la invención de las leyes fundamentales del ritmo y la armonía. Se decía de él que el propio Cadmo, el hermano de Europa, le había enseñado los caracteres de la escritura fenicia, con cuyos signos había creado un lenguaje complejo y extraordinario mediante el cual se podía escribir la música.

El talento musical de Lino lo había llevado a cambiar el material de las cuerdas de la lira, parecido a la lana, por otro hecho con tripas de cabra, logrando que el sonido sordo y apagado del instrumento se tornara brillante y profundo, y fuera capaz de seducir al propio Apolo. Anfitrión tenía la esperanza de que,

dejando en manos de Éurito y Lino los pormenores de la educación de su hijo, conseguiría equilibrar su carácter.

La tarde en que Lino llegó a Tebas, Éurito abandonaba la ciudad: su trabajo con Alcides había terminado sin que Anfitrión estuviera contento. El rey de Ecalia había conseguido afinar las capacidades innatas del muchacho en el manejo de las armas, pero no había logrado reprimir su altanería.

—Ya no tienes nada que enseñarme, rey de Ecalia —le había dicho Alcides una mañana tras sus ejercicios con el arco—. Es hora de que me busque otro maestro, si es que existe —añadió con desdeñosa ironía.

Éurito abandonó Tebas con el corazón rebosante de odio. Cuando atravesó la puerta del norte, una de las siete entradas a la ciudad, detuvo su caballo y miró hacia la parte más alta de la muralla, desde la que Alcides contemplaba su marcha. Apretó los dientes y tensó las mandíbulas, convencido de que no pasaría mucho tiempo antes de que volvieran a encontrarse. Alcides ayudó a su hermano, que daba brincos intentando encaramarse sobre el lienzo de la muralla, y lo mantuvo sujeto con uno de sus brazos. Ificles, mucho más bajo de estatura, sentía por su hermano una admiración sin límites: intentaba imitarlo en todos los aspectos, corría con él, combatía con él, montaban a caballo juntos, pero apenas podía ser otra cosa que su sombra. Con frecuencia, cuando estaba solo, imaginaba una vida de aventuras junto al poderoso Alcides, lejos de Tebas, en tierras desconocidas, al otro lado del mar. Imaginaba combates contra fieras, contra monstruos feroces y tribus salvajes, y llenaba su imaginación con escenas fantásticas en las que él siempre aparecía ayudando a su poderoso hermano.

Aquella tarde contemplaba cómo la comitiva de Éurito partía hacia el norte. Nunca se había sentido bien en compañía de aquel arquero; su rostro le daba miedo, su voz le retraía, su mirada le parecía la de un animal traicionero.

—Ahí viene nuestro nuevo maestro —dijo Alcides de repente, interrumpiendo sus pensamientos.

Ificles estiró el cuello. Por el camino llegaba un hombre a pie, llevando del ramal una mula cargada con sus escasos enseres. Sobre los lomos del animal, por debajo de la manta que cubría la carga, sobresalían los cuernos de una lira. Desde lejos, el muchacho creyó oír el tañido de una de sus cuerdas palpitando al ritmo de los pasos del animal.

Lino miró hacia arriba, dejando caer sobre su cuello la capucha que le cubría la cabeza, y cruzó la mirada con la de los dos hermanos. A pesar de la distancia, creyó ver en ellos rasgos muy diferentes. Ificles lo miraba con expectación; Alcides, con indiferencia. Siguió andando hasta llegar a la puerta de la ciudad, donde un sirviente lo esperaba para conducirlo a la Cadmea.

Al día siguiente comenzó su trabajo. Anfitrión le había advertido de que Ificles sería un discípulo amable, obediente y aplicado, pero, también, de que Alcides no aceptaría sus enseñanzas con la sumisión propia de un alumno.

—Está demasiado acostumbrado a sobresalir, a ganar en todo —le había dicho—. Es casi infalible con el arco y la lanza, domina a los caballos con su fuerza y esgrime la espada y la maza con la habilidad de un guerrero curtido en mil batallas. La acción es su territorio. Lo que te pido es que eduques su ánimo, no su cuerpo. Siempre he creído que la música y las letras son el mejor instrumento para

alimentar el espíritu, y mi hijo necesita educar su mente, hacerla flexible y fuerte, igual que su cuerpo. Pero ten tacto y cuidado —continuó—, su carácter solo está acostumbrado a la victoria.

Lino había asentido tras escuchar atentamente aquellas palabras y se había retirado a descansar pensativo, convencido de la dificultad que enrtañaba la tarea que le había sido encomendada y, a la vez, deseoso de probar que era capaz de llevarla a cabo con éxito.

Antes de dormirse, rezó con fervor, deseando que el gran Zeus lo iluminara en la tarea de formar a uno de sus hijos.

∞

Los dos hermanos siguieron las lecciones de Lino día tras día, pero, mientras Ificles, tal como había dicho su padre, se mostraba amable y dispuesto, comportándose como un alumno dócil y tenaz, Alcides era torpe e indisciplinado, y obligaba a Lino a reprenderlo con frecuencia. Sus manos enormes y sus dedos como mazas se enredaban con las notas musicales sobre los orificios de la flauta o las cuerdas de la lira, moviéndose con dificultad y provocando la irritación del muchacho, que soportaba con dificultad que su hermano Ificles lo venciera en la mayor parte de las pruebas musicales.

Pacientemente, Lino obligaba a Alcides a practicar con los instrumentos y a comprender el significado de las letras fenicias, intentando que el ejercicio de su mente equilibrara poco a poco lo desmesurado de su carácter, pero era inútil. Día tras días, el muchacho se rendía ante la dificultad de aquellos conocimientos y abandonaba la habitación de las

clases para correr hacia los establos o la sala de armas, territorios ambos en los que se sentía en su elemento. Entonces, Lino e Ificles lo oían salir a lomos de un caballo, galopando hacia el horizonte.

Una tarde, Lino decidió cortar de raíz aquella costumbre de su discípulo y preparó un ejercicio cuya base era la ejecución de una escala musical con la flauta. Al principio los dos hermanos dudaron, equivocándose con algunas de las notas que encerraban mayor dificultad, pero Ificles perseveró y repitió el ejercicio sin cesar hasta que las notas fluyeron con ritmo: Alcides, en cambio, se atascó por completo y se rindió, como tantas otras veces, abandonando el instrumento sobre su silla y encaminándose hacia la puerta con el ceño fruncido.

—Esta vez no te irás hasta que no hayas terminado el ejercicio, Alcides. Coge la flauta de nuevo y siéntate —dijo muy serio Lino.

Por primera vez en su vida, Alcides sintió que alguien se oponía frontalmente a sus deseos, obligándolo a llevar a cabo algo que lo hacía sentirse incómodo y lo enfrentaba a sus limitaciones. Miró a Ificles mientras una cólera irreprimible hacía presa en su ánimo: repentinamente, el maestro le pareció un enemigo mortal; sus palabras, un insulto; su orden, una ofensa.

Un dardo de fuego se clavó en su mente, sus ojos se inyectaron en sangre, sus sienes comenzaron a latir y los senos de su nariz se abrieron como cavernas. Furibundo, sin ver siquiera a Ificles, que intentaba detenerlo interponiéndose entre ambos, Alcides descolgó de la pared la lira de Lino y la arrojó furioso contra este.



Alcides arrojó furioso la lira contra su maestro.

Un líquido sanguinolento salpicó las paredes de la habitación mientras el maestro se derrumbaba sobre el suelo con uno de los extremos de su propia lira clavado en la cabeza.

◇◇◇

—¡Bien hecho, Alcides! —gritó Téutaro con fuerza.

Tenía una voz profunda que resonaba en el bosque como el chasquido de un trueno. Alcides corrió hacia el lugar donde el jabalí yacía en el suelo, con el pecho atravesado por una flecha.

—Conseguirás no errar ni un solo tiro, muchacho —dijo el boyero sonriendo.

Alcides lo miró con afecto y, mientras arrancaba la flecha del cuerpo del jabalí, se sintió pleno, lejos de las angustias vividas en Tebas. Limpió la punta de la saeta y se la dio al boyero.

—Gracias a ti, Téutaro, me estoy convirtiendo en un arquero formidable. Ninguno de mis maestros me ha enseñado lo que tú. Siempre te estaré agradecido.

El duro rostro de Téutaro pareció llenarse de luz. Acostumbrado a la soledad y al silencio, las palabras del hijo de su amo llenaron de calor su helado corazón. De origen escita, duro como el pedernal, implacable con los enemigos vencidos, Téutaro había perdido la libertad en una de las incursiones que los griegos del norte habían hecho sobre las estepas de Escitia, su patria. Sin embargo, en los días de su juventud había combatido contra muchos enemigos, había masacrado a otras tribus rivales y había llenado su cinturón de guerra con las cabelleras, las orejas, los cráneos y los testículos de sus adversarios vencidos; sobre las paredes de su choza colgaban todavía las pruebas de aquellos días de gloria. Ahora pastoreaba los ganados de Anfitrión.

Hombre de naturaleza libre y austera, era completamente feliz en el campo, donde la soledad le permitía rememorar sus días de libertad. Aceptó de mala gana la presencia del joven Alcides, pero enseguida vio que en la naturaleza del muchacho había algo indómito, casi salvaje, que le recordó su propia juventud. En muy poco tiempo, Téutaro comprobó que aquel chico era realmente duro: soportaba el hambre y la sed, era capaz de enfrentarse a cualquier peligro sin dudar un solo instante, tensaba su gran arco sin dificultad, arrojaba la jabalina tan lejos como no había visto nunca antes, corría detrás de los antílopes y era capaz de derribar un buey con la sola fuerza de sus brazos.

Alcides, a su vez, había encontrado en aquel boyero altivo y leal al maestro que, por fin, era capaz de cumplir sus expectativas.

En realidad, todos respiraron la tarde en que Anfitrión tomó la decisión de enviar a su hijo al campo, lejos de Tebas y de las personas a las que, en un ataque de furia incontrolada, podía volver a hacer daño. La muerte de Lino no solo había demostrado que el carácter de Alcides era violento e indomable, sino también que su naturaleza era distinta a la de los demás mortales y que solo el paso del tiempo determinaría el lugar que debía ocupar en el mundo. Mas, mientras tal día llegaba, toda Tebas estaría más segura si el muchacho crecía lejos.

Por lo demás, Téutaro consiguió hacer de Alcides un arquero realmente insuperable: cazaba con flechas todo tipo de animales y era capaz de atravesar con ellas el cuerpo de las aves más rápidas. Aprendió a montar a caballo a la manera de los guerreros escitas, guiando al animal con sus muslos y piernas mientras, a la vez, disparaba flechas o arrojaba la jabalina sin errar jamás el blanco ni desequilibrarse sobre la montura, como si se tratara de un verdadero centauro.

Comía lo mismo que Téutaro, que rara vez cocinaba la carne, y bebía el fortísimo licor que el escita le servía en el interior del cráneo de uno de sus antiguos enemigos. Curtió su cuerpo con el frío y el calor, y lo hizo prácticamente insensible al dolor, el hambre o la sed; caminaba desnudo sobre la nieve y se sumergía en agua helada en pleno invierno, en los días en que una fina capa de hielo cubría los cursos de arroyos y torrentes. El boyero lo observaba desde lejos, convencido de que nunca había visto un guerrero como aquel.

Una noche, a la luz del fuego, mientras las estrellas tachonaban con sus infinitos puntos de luz la negra bóveda del cielo, Téutaro contó una historia que atrajo por completo la atención de Alcides.

—Hace años —dijo— que en el monte Citerón vive una fiera invencible. Asola la tierra, mata el ganado de tu padre y de otros ricos propietarios, y devora a los pastores y a todo aquel que intenta detenerlo.

Alcides dejó de comer para que el ruido de sus mandíbulas no mitigara el eco que aquellas palabras producían en su ánimo.

—¿Qué clase de salvaje fiera es esa? —preguntó completamente absorto.

El escita fijó su mirada en los cambiantes haces del fuego.

—Es un león —continuó—, un león como nunca nadie ha visto. Es enorme, su fuerza es descomunal y actúa como si en su interior tuviera la mente de un asesino: ataca por la espalda, aprovecha las sombras de la noche, utiliza el terreno

para tender emboscadas y nunca pelea sin ventaja. Nadie ha sido capaz de enfrentarse a él y seguir con vida.

Alcides escuchaba absorto, intentando imaginarse a la fiera. Sus ojos se encontraron con los del boyero e, inmediatamente, como si un fogonazo hubiera iluminado sus conciencias, los dos supieron que había llegado la hora de separarse.

—Has cumplido ya los veinte años, Alcides. Creo que es hora de que regreses con tu padre —dijo Téutaro con un tono casi solemne.

Alcides se levantó despacio y extendió las manos hacia aquel escita con el que había pasado los años más felices de su vida. Lo miró agradecido y ambos se fundieron en un abrazo largo, cargado de afecto.

—Nunca te olvidaré, Téutaro.

Las palabras del joven Alcides llenaron de luz los ojos del boyero y parecieron teñir de melancolía los sonidos de la noche. Ambos se quedaron en silencio, incapaces de canalizar el aluvión de sentimientos que parecía embargarlos por completo.

Antes de que Alcides tomara el camino de Tebas, Téutaro le entregó su arco. Alargó sus brazos con las palmas de las manos hacia el cielo y el arco extendido sobre ellas, como si fuera el presente de un súbdito a un rey. Inclinó la cabeza hacia el suelo y flexionó levemente sus rodillas mientras, con los ojos clavados en la tierra, dijo:

—Este arco es lo único que queda del hombre que una vez fui. Nadie sabrá utilizarlo mejor que tú, señor.

Era la primera vez que lo llamaba de esa forma. Alcides tomó con sus manos el arma y la apretó con fuerza, sintiendo en el interior de su alma el honor que Téutaro le con-

cedía. Intentó pronunciar alguna palabra de agradecimiento, pero, antes de que pudiera articular sonido alguno, el escita dio media vuelta y se dirigió despacio, sin volver atrás la mirada, hacia el interior de la cabaña.

Cuando la luz de la hoguera acarició su cuerpo, Alcides creyó ver entre las sombras de la noche la silueta de un águila enorme, oscura, cuyo vuelo rozaba el cuerpo de Téutaro provocando suaves ondas que arremolinaban en torno del boyero pequeñas motas de arena teñidas por las ardientes lenguas del fuego. Al desaparecer su silueta, tragada por las fauces de su mísera cabaña, Alcides supo que había conocido a su primer amigo, al primer compañero de su vida.

Comenzó a andar hacia Tebas convencido de que ese sentimiento de amistad, de compañerismo, lo había transformado para siempre. Ahora sabía que la amistad podía hacer a los hombres más felices, pero, también, más vulnerables.

5

Gloria y maldición

No soy tu padre, Alcides —dijo con un gesto de tristeza. El muchacho abrió los ojos de par en par, pero no sintió la más mínima tensión ni extrañeza. Hacía tiempo que esperaba oír aquellas palabras de Anfitrión—. Eres el hijo de Zeus, muchacho, y solo el dios sabe cuál es el destino que te aguarda. He intentado —continuó— hacer lo posible por no entorpecer la voluntad de tu verdadero padre, he intentado educarte y prepararte como si fueras mi propio hijo, pero me he visto desbordado por la irresistible fuerza de tu naturaleza. Y ahora —añadió con tristeza— no sé lo que debo hacer.

Alcides se acercó y se sentó al lado de su padre.

—Hasta ahora has sido mi padre, Anfitrión. Yo seré el hijo de Zeus cuando lo demuestre con hechos. —Miró a su padre con ternura y le enseñó el arco de Téutaro—. Debo empezar a vivir por mí mismo y a enfrentarme solo a mi destino.

Utilizaré este arco en una primera prueba que yo mismo me impongo; si es verdad que soy el hijo de un dios, el mundo muy pronto lo sabrá.

—¿Qué te propones, hijo? —preguntó alarmado Anfitrión.

—Enfrentarme con el león del Citerón.

Anfitrión se levantó del sillón como un resorte y miró fijamente a su hijo a los ojos.

—Tu padre es Zeus, pero tu madre no es Hera, sino Alcmena. La diosa te hará sufrir y te llevará al límite de tus fuerzas y de tu resistencia. Tenlo en cuenta, hijo, y prepara tu corazón y tu ánimo para resistir pruebas a las que no podrás hacer frente únicamente con la fuerza.

Alcides se mantuvo en silencio un instante, intentando asimilar la advertencia que se escondía en las palabras de su padre. Finalmente, respiró hondo y sonrió.

—Si de verdad soy el hijo de un dios, resistiré las pruebas de su esposa. —Hizo una pausa, abrazó a su padre y le susurró al oído—: Las trampas de Hera solo harán que mi corazón se haga más fuerte y mi ánimo más esforzado. Descansa, padre, y deja que se cumpla el destino que las moiras me tienen reservado.

—Hazme caso al menos en una cosa —añadió nervioso Anfitrión—. Ve a la ciudad de Tespias y pide a su rey que te aloje en su casa después de cada jornada de caza. Es un buen amigo, y son sus ganados los que más sufren el azote de esa bestia. No duermas en el campo, no quieras cazar al león el primer día. Es una fiera astuta, taimada, y te atacará cuando sepa que no puedes defenderte.

Alcides asintió con un gesto.

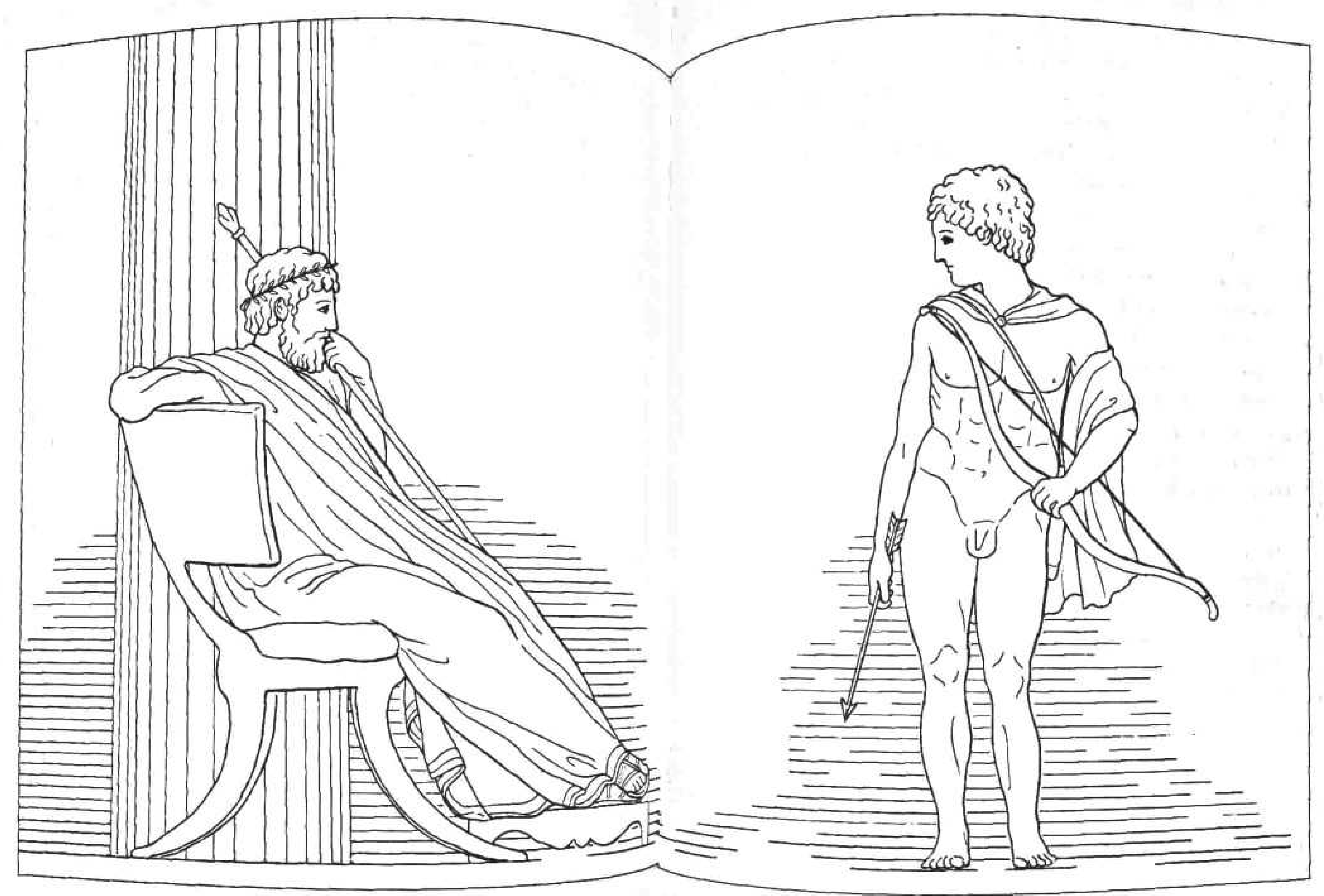
—Así lo haré, padre. Ahora debo descansar. Me iré mañana al amanecer.

Al día siguiente, Alcides partió solo hacia el reino de Tespio. En la puerta de la ciudad, su familia lo abrazó sin saber si volvería a verlo. Alcmena lloró amargamente, abrazada al torso de su hijo; Ificles lo miró con envidia, deseoso de ayudarlo en la gesta que se proponía realizar, aunque solo fuera acompañándolo, y Anfitrión no dijo una sola palabra, desbordado por la presencia de aquel hijo al que, en el fondo de su alma, no sabía cómo tratar.

Alcides se alejó, armado con el arco de Téutaro y con una espada de bronce cuya empuñadura refulgía sobre sus hombros, acariciada por los primeros rayos del sol de la mañana.

Cuando llegó a Tespias fue recibido por el propio rey, que lo esperaba al pie de la muralla. Mientras se acercaba a las puertas, el rey observaba cada detalle de su cuerpo, de su porte, tratando de encontrar alguna señal, alguna prueba de que, en efecto, estaba ante la presencia del hijo de un dios. Lo veía avanzar con decisión, con paso seguro, con la mirada clavada en el camino, con los sentidos alerta, tratando de fijar en su memoria cada detalle del terreno, cada imagen del paisaje.

Antes de llegar a Tespias, Alcides había visto caminos asolados, como si un ejército los hubiera hollado a su paso. En los márgenes, como hitos que marcaran las distancias, los cadáveres desgarrados de animales y personas llenaban con su macabra presencia la terrible soledad de aquellos parajes, en otro tiempo transitados por rebaños de ganado y acariciados por las voces y canciones de los pastores de todo el norte de Grecia. A cada paso, el deseo de matar a la fiera se afianzaba más en su ánimo, y aquella furia interior, desbordada en tantas ocasiones a lo largo de su vida, iba impregnando su alma



Alcides miró a su padre con ternura y le mostró el arco de Téutaro.

igual que un río rebosa su cauce tras una tormenta de verano y empapa con violencia la seca tierra que lo circunda.

Tespio sintió una lengua de fuego en el interior de su cuerpo: aquel hombre que se acercaba a las puertas de su ciudad, en cuya espalda destellaba el resplandor de la enorme empuñadura de su espada, aquel muchacho, portador de un arco cuyo tamaño desafiaba la fuerza de varios hombres, y de cuyos ojos emergía una determinación y una fuerza impropias de sus pocos años, parecía, en efecto, el hijo de un dios.

El sol desapareció tras el horizonte en el momento en que Alcides llegaba ante las puertas de la ciudad. Un último fleco de luz proyectó su figura sobre el negro telón de la noche y, ante los ojos de quienes se apelotonaban en la puerta, detrás de su rey, el joven tebano pareció un ser nacido del cielo de la tarde.

Hacía mucho tiempo que nadie se aventuraba a abandonar la ciudad después de la caída del sol. Con las sombras de la noche, el terror se apoderaba de los habitantes de la región, que, prisioneros de su propio miedo, se encerraban en sus casas o chozas. Cuando los rugidos de la fiera desgarraban el silencio de la oscuridad, hombres y mujeres temblaban, juntaban sus cuerpos intentando transmitirse algo de seguridad, mientras los caminos, los campos, las laderas de los montes y los senos de los valles se convertían en una especie de altar sobre el que aquel monstruo vertía la sangre de sus víctimas.

Un rugido hondo llenó con su macabra cadencia el silencio del ocaso. Instintivamente, llevados por una costumbre arraigada a sus vidas desde hacía mucho tiempo, los habitantes de Tespias retrocedieron. Alcides los vio encogidos, temblando, vencidos por el miedo: sus bocas tiritaban,

sus piernas se doblaban por las rodillas, sus manos, paralizadas por el helado pulso del pánico, trataban de buscar calor moviéndose con la cadencia de las plegarias.

Todos contemplaron entonces algo increíble: el muchacho tebano, al que la última luz del día daba el aspecto de un gigante, detuvo su marcha, dio media vuelta y avanzó unos pasos hacia la oscuridad de la llanura. Entonces, antes de que las sombras se tragaran su cuerpo, abrió los brazos, hinchó su pecho con el aire de la noche y lanzó un rugido desgarrador y violento que apagó por un momento la luz de las estrellas y colmó con su ronco quejido cada rincón de la tierra de Tespias. Esperó la respuesta de la fiera, a quien desafiaba abiertamente, pero solo pudo oír el profundo y lastimero eco del silencio.

Cuando se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta de la ciudad, Tespio y todos sus súbditos sabían ya que estaban ante la presencia del hijo de Zeus. Nadie se movió, nadie osó decir una sola palabra, todos miraban, atraídos por una fuerza irresistible, el cuerpo de Alcides, dibujado sobre la inmensa y oscura pared de la noche, entrando en la ciudad por la puerta del Céfiro. Sin protocolo, sin discursos de bienvenida, sin augures que recitaran sus letanías sobre el futuro, el hijo de Alcmena, el portento que se disponía a enfrentarse al terrible león del Citerón, entró en el palacio del rey sin un solo gesto de emoción, como si los sucesos que acababa de protagonizar formaran parte de su rutina.

Durante la cena, Tespio lo miraba fascinado. A la luz del fuego del hogar los ojos del rey brillaban con la intensidad de quien, repentinamente, sabe que contempla a un aliado inesperado. Entonces pensó en sus hijas, y tuvo la cla-

ra convicción de que los dioses le habían concedido tantas hembras con el fin de que dieran a luz descendientes que magnificaran su casa y su estirpe por encima del estrago de los años.

Al instante, como si una luz hubiera disipado la oscuridad de sus pensamientos, pensó que Alcides habría de ser el candidato perfecto, el progenitor que habría de preservar la fuerza de su linaje a través de innumerables generaciones. Sin darse cuenta, sin haberlo premeditado, un plan se filtró en su cabeza.

—Estarás cansado, Alcides —dijo repentinamente—. Te esperan días difíciles y agotadores. Mi agradecimiento por tu disposición a enfrentarte a la fiera que asola mis tierras es tan grande que esperaré cada día tu regreso, ordenaré que se te conceda todo lo que desees y te entregaré a la más hermosa de mis concubinas, para que ella pueda procurarte el más delicioso de los descansos.

Alcides miró a Tespio con un gesto de extrañeza, intuyendo que sus palabras ocultaban más de lo que expresaban.

—Te lo agradezco de corazón, rey —dijo el muchacho.

Dejó la copa de vino sobre la mesa, se limpió con el dorso de la mano sus labios, manchados por el vino y la grasa de la carne, y se levantó de su asiento.

—Mañana debo partir al alba, necesito descanso y tranquilidad. —Miró al rey con gesto decidido y, antes de salir de la estancia, añadió—: Te traeré la cabeza de ese león. Tú y tus súbditos podéis dormir tranquilos.

Al entrar en el pasillo, notó que el vino hacía pesados sus miembros; se dirigió hacia el lugar donde habían dispuesto para él una cama cómoda y un poco de agua dentro de un

recipiente de cerámica. Era una habitación privada, destinada a los visitantes honorables, a la que se accedía a través de un corredor estrecho en cuyos lados estaban insertadas algunas antorchas que, casi consumidas, apenas iluminaban un suelo de madera toscamente trabada.

Cuando entró en la alcoba algo se movió delante de él. Era una sombra esquiva, apenas un contorno de oscuridad. Por un momento Alcides pareció despertar del letargo que sentía, y las grietas de sus ojos pugnaron por abrirse. Avanzó unos pasos sin dejar de apoyar sus manos en las paredes y la silueta de una mujer se dibujó delante de él, como surgida de una fisura de la tierra.

Se detuvo e inclinó la cabeza hacia un lado, igual que un depredador oteando el horizonte. Un ahogado gemido salió de su garganta antes de dejarse caer sobre el jergón. Cerró los párpados, sintió el dulce olor de la muchacha, su cálido aliento, la deliciosa suavidad de sus manos que, con una delicadeza infinita, le fueron quitando la ropa. En unos instantes notó sobre su cuerpo paños tibios que se movían despacio eliminando de su piel los rastros del largo camino. Poco después, su torso, sus muslos, sus ingles fueron inundados con la perfumada esencia de aceites dulces, de maravillosa fragancia, y las manos de la muchacha apretaron sus músculos, sus dedos los pinzaron, los recorrieron haciendo que se relajaran por completo, como si no pesaran, como si todo su cuerpo estuviera suspendido sobre el lecho de un mar cuyas suaves olas murieran en las costas de un lejano paraíso.

Antes de perder por completo la conciencia, sintió un placer intenso. Una onda invadió su cuerpo, creciendo poco a poco, llevándolo hacia la cima de un placer primero tibio,

luego ardiente, y Alcides creyó que todo su ser penetraba en la cálida mansión de una diosa amable y bondadosa.

Al alba, despertó con la sensación de que su cuerpo había descansado varias noches. Miró a su alrededor, deseando ver a la muchacha que lo había acogido aquella noche, pero solo sintió su olor, el delicioso perfume de su cuerpo. Pensó en Tespio y sonrió al comprobar que había cumplido su palabra.

Se levantó de la cama y echó sobre su rostro la fresca agua del cuenco. Sintió alivio mientras su cuerpo despertaba del letargo de la noche e intentó concentrarse en la tarea que le esperaba: tomó el arco, colgó sobre su espalda la espada de bronce y salió de la habitación con ánimo resuelto, casi eufórico, deseoso de comenzar la caza.

Mientras se dirigía a la cocina, el recuerdo de la muchacha inundó su mente. Sin darse cuenta, una sonrisa de placer iluminó su rostro, recordando la promesa del rey y deleitándose al imaginar, cada noche, el encuentro con ella. Nunca había sentido tanto placer, nunca se había abandonado tanto, tan completamente, a los besos y caricias de una mujer.

Al salir de la ciudad, vio al rey sobre la muralla. El monarca no se había atrevido a decirle nada, pues tenía la impresión de que, en el ánimo de aquel joven, como en el mar, luchaban fuerzas contrapuestas, cuyo equilibrio podía romperse en un instante y desatar una tempestad en medio de la calma. Lo vio alejarse con su arco en las manos y la empuñadura de su espada refulgiendo con las primeras luces del alba, y, cuando la silueta de Alcides desapareció, se retiró a sus habitaciones pensando en sus hijas.

Alcides llegó pronto al camino que conducía al monte Citerón, la guarida de la fiera. Entró en el bosque tratando

de localizar algún rastro, algún indicio que delatara la presencia del animal. Vio huesos, volvió a contemplar restos de animales y de personas, siguió el rastro de las huellas y los indicios de sus excrementos, pero no fue capaz de dar con él. Durante todo el día esperó pacientemente oír su rugido o vislumbrar el rastro de su presencia, pero no consiguió nada.

A la caída de la tarde emprendió el regreso a Tespias. Su intención inicial había sido dormir en el monte, intentando emboscar a la fiera al abrigo de las sombras, pero el recuerdo de la deliciosa presencia de la concubina del rey ocupaba su mente con intensidad irreprimible. Había estado con otras mujeres, había gozado de las concubinas de su padre y de las esclavas del palacio de Tebas, pero nunca se había sentido transportado a un mundo de calma, tranquilidad y placer como la noche anterior.

Pensó que, quizá, la caza del león del Citerón habría de prolongarse más de lo que había pensado, y una sonrisa se dibujó en sus labios al comprender que no le importaba.

∞

Durante muchos días Alcides persiguió inútilmente el rastro de la fiera, que rehuía el encuentro, y cada noche regresaba a la ciudad agotado por un esfuerzo infructuoso. Apenas hablaba ni se relacionaba con nadie: llegaba al palacio, ordenaba que le llevaran algo de comer a su habitación y esperaba casi dormido a que apareciera la mujer.

Tespio estaba tranquilo; la presencia de Alcides había hecho desaparecer por completo los ataques del león a personas y ganado, y la actitud esquiva de la fiera propiciaba la resolución de su plan. Obsesionado por conseguir que aquel

joven divino fuera el padre de sus nietos, introducía cada noche a una de sus muchas hijas en la habitación del hijo de Alcmena, con la esperanza de que todas ellas quedaran embarazadas y convencido de que, tras las agotadoras jornadas de caza, el joven no sería capaz de distinguir entre unas y otras, creyendo que siempre se entregaba a las habilidades de la misma mujer.

Mas una tarde todo cambió. Cuando Alcides estaba a punto de enfilar de nuevo el camino hacia Tespias, el crujido de una rama lo puso en guardia. Detuvo sus pasos y contuvo la respiración, intentando averiguar de dónde provenía el ruido. Entonces, el viento cambió de dirección repentinamente, los árboles agitaron sus ramas, las nubes se amontonaron en el cielo y un águila blanca, clara como el manto de una doncella, se posó encima de una roca al borde del camino, delante de Alcides.

El muchacho levantó los ojos hacia el cielo y esbozó una sonrisa, creyendo que su padre celestial estaba ayudándolo. En un instante, el chillido del ave, agudo y fuerte, se derramó por toda la ladera del monte Citerón. Alcides comprendió al punto y se dirigió con sigilo hacia la roca sobre la que el águila extendía sus alas.

Mecida por el viento, la melena del león se agitaba en ondas, desprendiendo un olor que el viento conducía hacia las fosas nasales del cazador. Alcides avanzó despacio, rodeando la roca, y, favorecido por la dirección del viento, pudo ver, desde la cima del peñasco, la enorme figura del león, agazapada, esperando el momento de saltar sobre su desprevenida víctima. Tomó el arco, puso sobre él una de las flechas de Téutaro, cuya punta estaba emponzoñada por el veneno de algunas

plantas silvestres, tensó la cuerda y, con la cabeza de la fiera dibujada en sus certeros ojos, empujó con el pie algunas piedras, que, rodando, cayeron al lado del cuerpo del león.

Sobresaltado, el animal vio una silueta dibujada encima de la roca. Entonces rugió con fuerza y se incorporó dispuesto a desgarrar el cuerpo de su nueva víctima. Contrajo sus miembros posteriores, llenando de fuerza cada fibra de su enorme musculatura, abrió las fauces y el viento hizo volar hasta el cuerpo de Alcides una saliva viscosa que llenó su torso con un rocío oscuro y maloliente. Entonces, saltó.

Voló deprisa, con las garras desenvainadas como dagas. Antes de alcanzar a su presa oyó un chasquido, seco, corto, agudo, y, repentinamente, un mal profundo envolvió el contorno de su cabeza. Notó que las fuerzas abandonaban su cuerpo y cayó, aplastado por el peso de un dolor nacido del interior de su cabeza. Sintió el choque contra el suelo y, con un último hilo de vida, pudo percibir que en el interior de su cráneo algo, igual que una lengua de fuego, se removía.

Alcides se acercó, tomó la cabeza del león y abrazó su cuello con toda la fuerza de sus brazos, notando cómo las vértebras se quebraban. Cuando arrancó la flecha, clavada en la frente de la fiera, sintió una euforia incontenible; la arrojó hacia el cielo y rugió con tal fuerza que en Tespias supieron al instante que la maldita fiera, la bestia asesina de hombres y ganado, había sido vencida por el hijo de un dios.

A su regreso, la ciudad lo recibió como a un héroe libertador. La fiesta se prolongó durante días y las puertas permanecieron abiertas, pues el temor había desaparecido por completo. Mas, cumplido el quinto día de celebraciones, Alcides decidió regresar a Tebas.



Alcides abrazó el cuello del león con todas sus fuerzas.

Cuando se despidió del rey Tespio, ambos se fundieron en un fuerte abrazo, deseándose felicidad para el futuro. El monarca prometió a su joven huésped agradecimiento eterno y se comprometió a servirlo y ayudarlo en todo lo que necesitara. Finalmente, mientras la figura del joven se perdía en el horizonte, decidió que más adelante, cuando los deseados embarazos de sus hijas se hicieran patentes, le comunicaría la verdad. Estaba seguro de que el destino volvería a unirlos.

∞

Al llegar a las puertas de Tebas, el silencio parecía haberse adueñado de la ciudad. No había nadie sobre las murallas, ni siquiera un grupo de soldados dispuesto a escoltarlo desde las puertas hasta el palacio. Solo un criado de su padre lo recibió con fría corrección y lo condujo directamente al palacio de Creonte.

Mientras caminaba por las calles casi desiertas, Alcides sentía, clavada en su ánimo, la espina de un mal presagio. Más de una vez detuvo sus pasos, tratando de comprender aquel silencio, aquella sensación de miedo que parecía envolver los barrios que rodeaban la Cadmea.

Clavó su mirada en las ventanas de las casas, en las puertas, tratando de percibir alguna señal que le hiciera comprender: había matado al león del Citerón, había librado a toda la región de su azote, y Tebas se lo agradecía con el más ominoso de los silencios.

Cuando estaba a punto de penetrar en el recinto de la Cadmea, un hombre se le acercó de repente y, dejándose caer delante de él, se abrazó a sus rodillas con gesto suplicante. Sin atreverse a mirarlo, balbuceó:

—Bienvenido a tu casa, Alcides. Nos has librado de la fiera. Líbranos también de la vergüenza de los minias.

Alcides se dispuso a levantar al hombre del suelo, pero este, como si ya hubiese cumplido su misión, se fue corriendo y, en un instante, desapareció entre las callejuelas.

—¿Quiénes son los minias?

El esclavo no dijo nada. Bajó la mirada y siguió andando. Cuando entraron en el palacio de Creonte, las palabras del desconocido hervían todavía en la cabeza de Alcides.

Intentó tranquilizarse, dejar a un lado la indignación que corroía su ánimo, y entonces vio a su padre, esperándolo al lado de la puerta de la sala del trono

—¿Quiénes son los minias? —le preguntó bruscamente.

Anfitrión se alejó un poco de la puerta, y Alcides lo siguió.

—Son los habitantes de Orcómeno, nuestra ciudad rival —dijo sin preámbulos. Sus heraldos están ahora mismo parlamentando con nuestro rey.

Alcides miró a su padre con un gesto de extrañeza.

—¿Es más importante atender a esos heraldos que a mí? ¿Es más importante recibir en el salón del trono del palacio a mensajeros de otra ciudad en lugar de al hombre que acaba de libraros de la fiera del Citerón? —dijo conteniendo la rabia.

Anfitrión observaba a su hijo y percibía la tensión en su rostro, la decepción en su ánimo. Se acercó, lo miró a los ojos y trató de explicarle la situación con palabras amables y tranquilas:

—Es una vieja historia, hijo. Los heraldos que están con Creonte vienen a reclamar un tributo que Ergino, rey de Orcómeno, impuso a Tebas tras la muerte de su padre.

—¿Por qué? —interrumpió Alcides.

—Hace mucho tiempo, en una fiesta en honor de Poseidón, el rey Clímeno, padre de Ergino, fue muerto de una pedrada por un tebano llamado Perieres. Nadie sabe bien cuáles fueron las circunstancias de esa muerte, pero Ergino, convertido en rey tras la muerte de su padre, no perdió tiempo en averiguarlas. Reunió a su ejército y marchó contra Tebas, matando a todo tebano que se cruzó en su camino.

Alcides escuchaba atónito: su mandíbula estaba tensa, su cuerpo rígido, sus ojos se iban cerrando lentamente, como si no ver a su padre mitigara la furia que, poco a poco, se iba apoderando de su ánimo.

—Las tropas de Orcómeno —continuó Anfitrión— derrotaron al ejército tebano junto a las puertas de la ciudad y Ergino impuso un tributo humillante que sus heraldos, una vez más, han venido a reclamar hoy: cien bueyes.

—¿Cuántos años deben pasar para que ese tributo se cancele? —preguntó Alcides intentando aparentar tranquilidad.

—No lo sé, hijo —contestó Anfitrión.

Entonces, el muchacho enfiló con pasos decididos la sala del trono. En su cabeza hervía la sangre no solo por la humillación que, sumisamente, Creonte aceptaba de su rival con el pago del tributo, sino porque aquellos heraldos de Orcómeno, con su presencia en la ciudad, habían cometido el delito imperdonable de robarle su regreso triunfal a Tebas. Nadie había salido a recibirlo, nadie le había dedicado una sola palabra de agradecimiento.

—¡Detente, hijo! —gritó Anfitrión sujetándolo por el hombro.

Alcides se volvió y, con un gesto suave, apartó la mano de su padre. Lo miró a los ojos e intentó hablar con calma:

—Esos hombres han robado la gloria de mi triunfo y los honores que merezco. Ahora pagarán por ello y llevarán a su rey un tributo adecuado.

Anfitrión comprendió en un instante la desazón de su hijo. Con gesto implorante, le suplicó:

—Toda la ciudad estaba preparada para recibirte, hijo. La fiesta solo se retrasará un día. Mañana recibirás los honores que te has ganado con tu hazaña.

Pero fue inútil. Alcides dio media vuelta y se dirigió hacia el salón en el que estaba congregada toda la nobleza de Tebas. En su corazón no solo sentía la necesidad de humillar a quienes lo habían privado de los honores del triunfo, sino de liberar de nuevo a Tebas de una plaga que la llenaba de vergüenza.

Entró en la habitación empujando a los dos guardias que cubrían la puerta. Ante la mirada atónita de todos los presentes, avanzó hacia el trono de Creonte, frente al cual los heraldos de Ergino tenían la palabra. Alcides no dijo nada. De un golpe certero y veloz, derribó a dos de los heraldos. El tercero cayó fulminado con la garganta cercenada. Entonces Alcides avanzó hacia él, lo cogió del pelo y, muy despacio, recreándose en lo que hacía, le cortó la nariz y las dos orejas.

Nadie dijo una palabra, ni siquiera el rey, paralizado ante la acción del joven; en medio del silencio todos vieron que Alcides se acercó a los otros dos emisarios de Ergino. Sucesivamente, sin mostrar piedad ni regocijo, como quien hace una tarea a la que está obligado por un código sagrado, seccionó sus orejas y cortó sus narices. Un chorro de sangre salpicó sus hombros y su cara mientras los dos hombres se retorcían de dolor en el suelo, con los rostros convertidos en dos patéticos espantajos. Desde fuera, en los pasillos del

palacio, en la plaza de la Cadmea y en las callejuelas que rodeaban la parte alta de Tebas, los gritos de los emisarios de Ergino resonaron como los aullidos de una presa devorada viva por un depredador.

Tomó entonces Alcides una de las cuerdas que sujetaban las antorchas a las bases clavadas a la pared y la desenrolló con parsimonia, impulsado por una fuerza que le transportaba más allá de toda razón. Enhebró con ella los sanguinolentos trozos de carne y, una vez convertidos en macabros collares, los colgó del cuello de los heraldos de Orcómeno.

—Llevad este tributo a vuestro rey —dijo lleno de jactancia—. Y decidle que vuestro rostro será el suyo si decide poner un pie sobre la tierra de Tebas.

Mientras los aterrorizados emisarios salían de la estancia, Alcides miró a Creonte con unos ojos completamente desprovistos de pasión, de sentimiento. Limpió la sangre del cuchillo y, en tono solemne, como quien anuncia un acontecimiento glorioso, le dijo:

—Preparémonos para la guerra.

∞

Cuando las tropas salieron de Tebas, el sol se adivinaba ya sobre el horizonte. Siguiendo los consejos de Alcides, Creonte había decidido dar la batalla contra el ejército de Orcómeno lejos de las murallas de su ciudad. Los exploradores habían anunciado que Ergino marchaba ya contra Tebas, indignado por el trato dispensado a sus heraldos y decidido a vengar con dureza la afrenta recibida.

Alcides mandaba las tropas. En su fuero interno estaba convencido de que se disponía a llevar a cabo una prime-

ra hazaña cargada de honor y de gloria: ahora combatiría delante de cientos de testigos, contra hombres armados, no contra una fiera en la solitaria ladera de un monte.

Junto a él, flanqueándolo, marchaban su hermano Ificles y su padre, Anfitrión. Aquel sentía que, por fin, comenzaba de verdad la vida junto a su hermano, pero este llevaba clavado en su alma el oscuro rostro de un mal augurio, pues, durante la noche, había soñado que Ificles, su propio hijo, tomaba de las manos de un soldado una antorcha con la que encendía una pira funeraria, sobre la que yacía recostado el cadáver de un hombre cuyo rostro estaba velado por la bruma de la nostalgia, por el deseo de regresar al sur.

Anfitrión pensó en la tierra de Argólide, su patria, su verdadero hogar, y, como al protagonista de su sueño, la nostalgia lo atrapó por completo. Pensó que, con la protección de Alcides, el hijo de Zeus y su esposa, su casa prosperaría y, a la vez, Ificles y Alcmena, las dos personas a las que más amaba, gozarían de una seguridad que él mismo nunca podría proporcionarles.

Cerró los ojos, dejó que el recuerdo de la luz de las tierras del sur lo inundara por completo, notó la brisa de la mañana acariciando su rostro y, calmadamente, pensó que, si la muerte lo sorprendía en Orcómeno luchando al lado de sus hijos, descendería al Hades como el más feliz de los mortales. Entonces sintió una oleada de grato calor al imaginar que su cuerpo, al fin, descansaría en la tierra de Argos.

∞

Desde el Olimpo, Hera contemplaba al ejército tebano marchando por el camino hacia Orcómeno. Sus ojos perseguían

los pasos de Alcides, desbordado por la arrogancia y la avidez de fama y gloria. La diosa emitió un quejido que, desde la tierra, pareció el agudo graznido de un ave carroñera.

—Todavía no lo sabes, Alcides —musitó—. Todavía no sabes que la victoria que estás a punto de obtener te convertirá en mi esclavo, en mi servidor. Perderás todo, incluso tu nombre, que se hundirá para siempre en el océano del olvido.

Entonces la risa de la diosa resonó en el cielo. Alcides levantó la mirada, pues había creído oír el aullido de una fiera, clavó los ojos en la bóveda celeste y una helada brisa erizó el vello de su espalda. No pudo ver a la diosa ni oír el certero vaticinio que ya escapaba de su boca:

—Llevarás un nombre que haga saber a todos quién es tu dueña, tu señora.

Miró de nuevo hacia la tierra mientras en todo el mundo se hacía un silencio solemne, como si en las palabras que iba a pronunciar estuviera ya germinando la semilla del futuro.

—Te llamarás Hércules.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Desde su nacimiento, Hércules dio cuenta de una fortaleza física impresionante que justificaba el nombre que le dieron su padre putativo Anfitrión y su madre Alcmena: Alcides, cuya etimología evoca la idea de fuerza. En estos primeros años de vida del héroe ya se manifiesta el odio que siente hacia él la esposa de Zeus, Hera.

Hércules no es un héroe al uso: sus hazañas, pero no menos sus crímenes, sus amores o sus estallidos de ira y de locura, sus odios y sus penas, todo en él, sobrepasan la medida humana e incluso la de otros hijos de dios y mortal. Y eso se aprecia perfectamente en su mito, tan extenso, proteico e incluso divergente y contradictorio, que más bien habría que referirse a él en plural, «mitos». Esto significa que, a pesar de los esfuerzos de síntesis como el representado por el manual *Biblioteca mitológica* (siglo II a.C.), no estamos ante un ciclo coherente y bien estructurado, sino ante un auténtico cajón de sastre que recoge tradiciones e historias muy diversas.

El mismo origen del héroe ya es oscuro. Desde los épicos Homero y Hesíodo (ambos del siglo VIII a.C.), Hércules se considera el fruto de la unión de Zeus con la mortal Alcmena, la esposa de Anfitrión. Mas una antiquísima tradición, recogida por el geógrafo Pausanias (siglo II d.C.) en su *Descripción de Grecia*, habla de unos «dáctilos» («dedos») que vivían en el monte Ida, en Creta. Eran una especie de

genios con forma de falo o dedo (de ahí su nombre), muy duchos en las artes mágicas y en el trabajo de los metales, aunque su principal labor parece haber sido la de cuidar y entretener a un Zeus aún niño cuando su madre Gea lo escondió en ese lugar para que no fuera devorado por Crono, su progenitor. El mayor de esos dáctilos se llamaba Heracles (el nombre griego de Hércules) y, aunque no destacaba ni por su fuerza ni por su imprevisible genio ni, aún, por su vigor sexual (características todas ellas del hijo de Alcmena), sí se le atribuye la invención de los Juegos Olímpicos: «Heracles, que era el mayor, propuso a sus hermanos, como un juego, competir en una carrera, y al vencedor lo coronó con un ramo de olivo silvestre», dice el geógrafo al respecto. Y es en este punto donde esta tradición se mezcla con otra protagonizada por el Hércules más conocido, quien, a decir del poeta Píndaro (518-438 a.C.) en su décima *Oda olímpica*, fue quien fundó esos mismos juegos después de matar a Augías, cuyos establos había limpiado en su quinto trabajo para el rey Euristeo de Micenas. Cómo y cuándo ese «dedo» llegó a convertirse en el héroe más popular de toda la mitología grecorromana es algo que se desconoce.

ALCIDES EL FUERTE

La fuerza es la principal cualidad de Hércules, algo que ya refleja el nombre parlante que Anfitrión y Alcmena le impusieron al nacer: el de su abuelo paterno putativo, Alcides, o también Alceo, uno y otro derivados del griego *alké*, que significa «fuerza», «fortaleza». El de Hércules-Heracles llegó más tarde, y le fue dado por el dios Apolo a través de la pitonisa del santuario de Delfos. Es un nombre paradójico, pues «Gloria de Hera», que eso significa (de

kléos, «gloria» en griego), casa poco con un héroe que, siendo el último engendrado por Zeus en una mortal, es también el más odiado por su esposa Hera, quien no deja nunca de perseguirlo ni de atormentarlo, sea imponiéndole las más duras pruebas, sea nublándole el juicio y llevándolo a cometer los más espantosos crímenes, asesinato de sus hijos incluido. Pero, siendo cierto esto, no lo es menos que esos mismos trabajos impuestos por la diosa son los que a la postre redundan en la fama del héroe y, por derivación, también en quien los ha inspirado. Eso sin contar que Hera es la responsable última de la semilla de inmortalidad que lleva en sí Hércules y que propició su divinización y ascensión al Olimpo tras su muerte: se la transmitió a través de la leche que el recién nacido héroe mamó de su pecho, pues, según explica el astrónomo Eratóstenes (276-194 a.C.) en su obra *Catasterismos*: «Los hijos de Zeus no tenían derecho a participar del honor del cielo a no ser que mamasen de Hera». El mismo autor refiere que fue Hermes quien acercó al pequeño Hércules al pecho de la diosa aprovechando que se hallaba dormida. Mas esta no es la única versión del episodio: otra, defendida por el historiador Diodoro Sículo (siglo I a.C.), dice que Alcmena, temerosa de los celos de la esposa de Zeus, abandonó al recién nacido en un campo por el que, casualmente, paseaban Hera y Atenea. Convencida por esta, Hera lo cogió y le dio el pecho. En ambas versiones, el resultado es el mismo: la diosa, que desconoce la identidad del niño, acaba lanzándolo lejos de sí dolorida por la avidez con la que este mama, de modo que un chorro de leche que se le escapa acaba formando un camino de estrellas, la Vía Láctea.

Hércules, por tanto, realizó sus primeras hazañas como Alcides. Y no fueron pocas. La más asombrosa, por lo temprano de la misma, es la de las serpientes que Hera puso en su cuna para que

lo mataran, según la *Biblioteca mitológica*, cuando solo tenía diez meses, según Píndaro, cuando acababa de nacer. El mitógrafo menciona también una versión alternativa dada por el filósofo Ferécides (siglo VI a. C.), según la cual «fue Anfitrión quien puso las serpientes en el lecho, deseando saber cuál de los dos niños era el suyo, y que al huir Ificles y hacerles frente Hércules, supo que Ificles había sido engendrado por él». Este es un tema recurrente en las representaciones artísticas del héroe. Un *stamnos* (una vasija de forma globular con asas) de figuras rojas procedente de la etrusca Vulci (Italia), y datada hacia el 480 a. C., muestra al pequeño con un ofidio en cada mano. El mismo tema se halla en uno de los frescos de la Casa de los Vettii, en Pompeya, solo que en él el niño no se halla en la cama, sino de pie intentando domeñar a las serpientes bajo la asombrada mirada de sus padres. La violencia de esta imagen desaparece en una estatua de mármol romana del siglo II d.C. en la que se ve al hijo de Zeus sentado y mirando con curiosidad y casi con simpatía a la serpiente que tiene en la mano. El Manierismo y el Barroco, en cambio, recuperaron la versión más dramática, como en el *Hércules niño* del italiano Annibale Carracci (1560-1609), óleo en el que la contorsión del cuerpo del pequeño, la boca abierta presta a morder del reptil y el fondo negro acentúan la tensión de la escena. A finales del siglo XVIII, el inglés Joshua Reynolds (1723-1792) abordó el motivo con teatralidad barroca, esto es, acumulando personajes y jugando con la luz de modo que el foco se concentre sobre el niño.

Años después llegó la persecución y muerte del león de Citerón, una criatura que no puede compararse al temible león de Nemea (el primero de los doce trabajos), pero que muestra ya a Hércules embarcado en la que fue su misión: limpiar el mundo de monstruos que alteran el orden deseado por Zeus.



Este stamnos ático de figuras rojas (Museo del Louvre, París), atribuido al llamado Pintor de Berlín, data de principios del siglo v a. C. En él se ve a Hércules luchando con las serpientes que Hera ha puesto en su cuna, mientras Alcmena coge a un aterrado Ificles bajo la mirada de Anfitrión. A la izquierda, la diosa Atenea extiende su mano protectora sobre el niño.

LA BELLEZA DE ALCMENA

Aunque los episodios del mito de Hércules que más recurrentemente han despertado la imaginación de los escritores son los doce trabajos y la muerte y apoteosis final, ello no significa que no haya también obras referidas al nacimiento y juventud del héroe. En ese corpus destaca un poema atribuido tradicionalmente a Hesíodo, *Escudo*, en el que Hércules aparece como el ideal de héroe justo y benefactor, enviado por Zeus para limpiar el mundo de monstruos y otras calamidades que ponen en riesgo su equilibrio. Su primera parte trata de cómo Zeus poseyó a Alcmena, descrita

como una mujer que no tenía rival entre ninguna «de cuantas parieron mortales acostadas con mortales». Así la describe el poeta: «De su cabeza y negras pestañas se exhalaba tal fragancia cual de la muy dorada Afrodita; además, tan de corazón honraba a su marido como nunca lo honró ninguna de las femeninas mujeres». Ella fue la escogida por Zeus para «engendrar un defensor del mal para dioses y laboriosos hombres».

Una versión paródica de ese mismo episodio se encuentra en el escritor sirio de expresión griega Luciano de Samosata (125-181 d.C.). En uno de sus *Diálogos de los dioses* hace que Hermes le pida a Helios, el sol, que se tome un descanso de un par de días, pues Zeus necesita que la noche con Alcmena sea lo más larga posible. «Entonces, ¿es que no le basta con una sola noche», se pregunta asombrado el sol, a lo que Hermes responde: «En absoluto, pues de su unión debe ser engendrado un tipo enorme y sufrido en grado sumo, y llevar a buen término un ejemplar así es imposible en una sola noche». Helios acepta, pero no sin antes dejar claro que estas cosas «no pasaban en tiempo de Crono», el padre de Zeus...

Las posibilidades cómicas del nacimiento de Hércules fueron explotadas por el comediógrafo latino Plauto (h. 250-184 a.C.) en la única de sus obras que toma como inspiración un tema mitológico. Su *Anfitrión* es una comedia de equívocos protagonizada por Júpiter (el Zeus griego) y Mercurio (Hermes), que adoptan la forma de Anfitrión y su criado Sosia, quienes, enfrentados a sus dobles, llegan a dudar de su propia identidad para desconcierto de una Alcmena retratada como una noble y digna matrona romana. Detalle curioso, Anfitrión llega a jurar por el forzudo héroe antes de que este nazca en el quinto acto: «¿Qué? ¿Cómo? Por Hércules, que ahora mismo te voy a cortar esa maldita lengua, maldito», amenaza a su criado cuando este le dice que se acaba de encontrar con él mismo y que ese

otro yo no le ha dejado entrar en casa. Desde entonces, el nombre de Sosia designa en lenguas latinas como el español «sosias», el francés (*sosie*) o el italiano (*sosia*) a una persona con un parecido tal con otra que bien podría ser confundida con ella. Y no es esta la única palabra que ha pasado al lenguaje común. Otra es «anfitrión», aunque no por obra de Plauto, sino del comediógrafo francés Molière (1622-1673), cuya versión homónima del clásico latino hizo furor en la Francia de Luis XIV, el Rey Sol. Un verso de ella, «el verdadero Anfitrión es el anfitrión que ofrece la cena», motivó que el nombre del esposo de Alcmena se convirtiera en sinónimo de quien invita a su casa o a su mesa. En 1929, otro dramaturgo francés, Jean Giraudoux (1882-1944), dio a conocer *Anfitrión 38*, título alusivo a las adaptaciones de la obra de Plauto habidas hasta entonces, una prueba de la perenne popularidad de esa comedia.

EL HÉROE COMO EMBLEMA MORAL

Los artistas han hecho de Hércules uno de sus personajes predilectos, tales son las posibilidades plásticas que un personaje tan excesivo ofrece. Así, su participación en el nacimiento de la Vía Láctea fue pintada en el Barroco por el italiano Tintoretto (1518-1594), quien capta el sobresalto de una adormilada Hera al notar que el pequeño Hércules, sostenido alevosamente por Zeus, le agarra con fuerza uno de los pechos. El flamenco Peter Paul Rubens (1577-1640), en cambio, muestra la celosa diosa con un gesto más maternal, quizá desconocedora de la identidad del niño, mientras que Zeus se contenta con mirar la escena desde un segundo plano.

A partir del Renacimiento, el tema que más ha seducido a los artistas es el de Hércules en la encrucijada. El modelo iconográfico es casi

Hércules en la encrucijada

El historiador y filósofo griego Jenofonte (h. 431-354 a.C.) nos ha transmitido en sus *Memorables* una parábola referida a la juventud del hijo de Zeus y Alcmena, que, según él, era original del sofista Pródico de Ceos (465-395 a.C.): es la de Hércules en la encrucijada. Según ella, apenas entrado en la pubertad y poco después de haber asesinado a su mentor Lino con un golpe de lira, el héroe andaba inquieto, pues no sabía qué camino seguir a la hora de dirigir su vida. Se le presentaron entonces dos mujeres, la una de una belleza espléndida, la otra, también bella, pero más recatada en sus ropas, gestos y expresión. Eran, respectivamente, el Vicio y la Virtud, cada una de las cuales intentó ganar para sí al joven e indeciso héroe. La primera le habló de placeres de todo tipo y le prometió una vida regalada, ajena a toda preocupación. La segunda, en cambio, le mostró un camino mucho más arduo, hecho de renuncia, trabajo y sacrificio. A cambio, logrará «el amor de los dioses, la estima de sus amigos y la consideración de sus compatriotas. Y, llegada la hora fatal de la muerte, no bajará a la tumba olvidado y sin honor, sino que, celebrado en himnos, vivirá su memoria para siempre». Puesto en la encrucijada, Hércules acabó escogiendo la segunda vía, la de la Virtud. Esta parábola conoció una gran difusión a partir de la irrupción del cristianismo, cuando Hércules se convirtió en un modelo de pureza espiritual que resiste la tentación del pecado y abraza una vida virtuosa.

siempre el mismo: el joven semidiós, en algunos casos con sus atributos característicos, como la clava y la piel de león, aparece flanqueado por dos mujeres, alegorías de la Virtud y el Vicio (o el Placer, que ambos nombres recibe). Así lo pintaron, a caballo entre los siglos XV y XVI, el italiano Girolamo di Benvenuto (1470-1524) y el alemán Lucas Cranach el Viejo (1472-1553). El mencionado Annibale Carracci es autor de una de las versiones más emblemáticas de este asunto: con su estilo clasicista, pintó a un Hércules abstraído, al que las dos mujeres tratan de ganar, pero sin que él muestre atracción por una u otra. En Paolo Veronese (1528-1588), en cambio, el héroe sí escoge, lanzándose a los brazos de la Virtud para escapar de las garras de un Vicio que pretende asirlo. El que este Hércules aparezca con ropas del tiempo del pintor no es sino una forma de acentuar el carácter alegórico del tema y su universalidad.

LA ATRACCIÓN POR LA GLORIA

Como los artistas plásticos, los compositores que se han acercado a los hechos del joven héroe también se han centrado sobre todo en el tema de la elección entre la Virtud y el Vicio. Es el caso de dos de los mayores compositores del Barroco, Johann Sebastian Bach (1685-1750) y Georg Friedrich Händel (1685-1759). El primero trató el tema en su cantata *Cuidemos y vigilemos BWV 213*, también conocida como *Hércules en la encrucijada*. En ella, el héroe, llegado a un momento en que ha de escoger qué hacer con su vida, no sabe hacia dónde dirigirse. «Prueba el placer de tu ávido pecho y no conozcas límites», le tienta el Vicio en un aria llevada por una seductora melodía; «por mí, tu resplandor y tu fulgor alcanzarán la perfección», replica la Virtud en otra aria que, en contraste con la de su rival, destaca por un contrapunto riguroso, símbolo musical de la rectitud y la sabiduría.





Arriba, Hércules en la encrucijada *(Museo Nacional de Capodimonte, Nápoles), de Carracci. A la izquierda del héroe se ve a la Virtud, que le señala el arduo camino que lo espera si la sigue, pero también la gloria a la que lo conducirá el caballo alado Pegaso; a la derecha, el Placer, más sensual, lo tienta con los atractivos del mundo, representados por la música, el teatro y las cartas. A la izquierda,* El nacimiento de la Vía Láctea *(Museo del Prado, Madrid), de Rubens, óleo en el que el rostro de Hera está lejos de mostrar la animadversión hacia el pequeño que refiere el mito.*

En lo que respecta a Händel, puso toda su experiencia como operista al servicio de esta historia en su oratorio profano *La elección de Hércules*, estrenado en Londres en 1751. Las arias son un dechado de invención, sobre todo las del Placer, que expresan toda una gama de sentimientos, desde la melancolía hasta el más puro hedonismo. Su carácter seductor contrasta con las intervenciones de la Virtud, las unas de un aire más marcial, las otras de un lirismo más intimista. Ante la disyuntiva, Hércules duda, no sabe si será capaz de resistir la tentación, aunque al final es la Virtud la que gana la partida haciéndole ver la gloria que le espera. «La Virtud te pondrá en esa morada bendecida, coronado con una juventud inmortal, un dios entre los dioses», canta exultante el coro final. El mismo argumento fue desarrollado por el poeta Pietro Metastasio (1698-1782) en *Alcides en la encrucijada*, un libreto operístico que plantea que el deleite no tiene por qué estar reñido con la razón. El alemán Johann Adolph Hasse (1699-1783), el italiano Vincenzo Righini (1756-1812) y el ruso Dmitri Bortniansky (1751-1825) son algunos de los compositores que le pusieron música.

En el ámbito de la música orquestal destaca el poema sinfónico *La juventud de Hércules*, del francés Camille Saint-Saëns (1835-1921). Aunque el título no lo deje entrever, en realidad se trata de una nueva aproximación al tema de la encrucijada. El hijo de Zeus aparece aquí representado por dos temas musicales, noble el primero, más exaltado el segundo, mientras que la sección central la conforma una música cada vez más frenética que desemboca en una auténtica bacanal: son las ninfas y bacantes que intentan seducirlo. Su rechazo, expresado por una melodía solemne y austera, acaba con el sortilegio, tras lo cual reaparecen los dos temas que definen a Hércules y que conducen la obra hasta la conclusión triunfal: el héroe ha escogido la Virtud y ha sido recompensado con la inmortalidad.

Índice